

Freud y la lengua*

GEORGES-ARTHUR GOLDSCHMIDT

LO INCONSCIENTE Y *L'ÜBW*

Uno de los textos más conocidos de Freud se titula “Lo inconsciente” (“*Das Unbewußte*”) —¡y ya nada marcha bien!

Das Unbewußte. Una sola palabra y uno se sumerge en el corazón de la diferencia. El francés tiene tan sólo dos géneros, masculino y femenino, pero no posee aquel género extraño y penetrante del neutro, ese género “dejado de lado”. Las palabras neutras, que la mayoría de las veces pertenecen a este género por razones fonéticas, poseen una apariencia particular; con frecuencia son palabras más reservadas, menos pronunciadas, menos cerradas que las demás. *Das Leben* (la vida), *das Kind* (el niño), *das Spiel* (el juego). En todo caso, el hecho de no ser ni masculinas ni femeninas les confiere un *je ne sais quoi* diferente, un ritmo otro. *Das Nachdenken* (la reflexión) no es lo mismo que *die Überlegung* (la reflexión).

Porque aquí se trata, para comenzar, de una cuestión de género: hay que cuidarse de toda interpretación fantasiosa. *Die Sonne*: el sol, es femenino no porque los alemanes tengan una concepción “femenina” del sol, sino porque todas las palabras que terminan en *-onne* lo son. *Die Wonne* (el gozo), *die Tonne* (el barril). Hay que cuidarse de interpretaciones pseudoanalíticas del género de palabras determinado vocálicamente. Uno puede, por supuesto, preguntarse por qué la palabra es justamente esa, así como uno puede preguntarse por qué el alemán es alemán.

Das Unbewußte. Esta palabra, una de las palabras más banales y comprensibles de suyo, antes de que Freud la empleara, es el participio pasado de la palabra *wissen*, saber. “*Das habe ich nicht gewußt*”, “eso no lo sabía” —¿qué podría ser más simple en la lengua? “*Mir ist das gar nicht bewußt geworden*”, “no había tomado conciencia de ello”. Desde el principio, por lo tanto, el tronco de esta muy sencilla palabra está enraizada en una de las zonas más “conocidas” de la lengua.

* Este ensayo es un capítulo del libro de Georges-Arthur Goldschmidt, *Cuando Freud vio la mar. Freud y la lengua alemana*, Metales Pesados, Santiago de Chile, 2017. Agradecemos a la editorial y a su traductor, Niklas Bornhauser Neuber, la cesión de este capítulo para su publicación en esta revista.

No sucede lo mismo con la “conscience”, la conciencia francesa, en la cual la raíz *scio*, “yo sé”, solamente es conocida por los latinistas. Por supuesto, la palabra *conscience* es también una de las más cotidianas, empero en francés es un sustantivo que en ninguna parte tiende hacia la flexibilidad del verbo. En alemán, en cambio, el verbo se escucha —y se entiende— en todos los niveles de la lengua. Cada palabra construida a partir de este radical o *Wurzel*, raíz, está marcada por el verbo *wissen*; incluso en *Wissenschaft* (ciencia en el sentido disciplinar, es decir, de la materia del saber) se escucha el verbo *wissen*.

Wissen mismo puede ser un sustantivo: ¡*das Wissen*, el saber! Sobre la base de *das Unbewußte*, por consiguiente, se encuentran desde un principio todas las variaciones posibles en torno a la palabra *wissen*, la que, así como a cualquier otra palabra, puede estar precedida por el prefijo *un-*: *das unwissende Kind*, el niño no sapiente, ignorante. *Un-* (latín *an-*), un prefijo privativo o de negación, que puede articularse a cualquier cosa; hasta existe un juego infantil que consiste en anteponerles a cuantas palabras posibles un *un-* (ésta corresponde a la *O-Sprache*, el equivalente alemán del javanés, juego francés en el cual entre toda sílaba hay que poner una O). El prefijo francés “en-”, en relación con lo anterior, es menos fácil de emplear.

Lacan tiene toda la razón cuando traduce *Das Unbewußte* con *l'insu* (en rigor: *das Ungewußte*), en especial porque el sufijo francés de *l'inconscient* es diametralmente opuesto al sentido que posee en alemán —*scient* es un adjetivo activo, una especie de participio presente: *conscient*, *être conscient* designa, por sí mismo, una actividad, un estado de vigilia del todo imposible en alemán. “*Je suis conscient*”, yo soy consciente: *Ich bin bei Bewußtsein*, yo estoy en (estado de) conciencia: yo soy en la conciencia. “*Ich bin mir bewußt daß*” —como en el caso de “*je suis conscient de ce que*”, del cual no hay otro empleo posible de este “giro”. La conciencia, en alemán, no se introduce en el espíritu como un hacer.

En la palabra *conscient*, el francés disimula el latín *scire* (saber) y esto dista de ser una casualidad. Todo tiene su lugar asignado en la lengua. *Le conscient*, lo consciente, de este modo, está más orientado hacia el *moi*, el sí mismo, que hacia el *ça*, el ello. Así, *le conscient* no es solamente lo sabido (*das Gewußte*), el objeto, sino también el sapiente (*der Wissende*), el sujeto de ese saber. No es casual que toda la construcción de Jean-Jacques Rousseau se apoye en el parentesco íntimo

entre la conciencia y el sentimiento de existencia.¹ Asimismo, toda la obra de Bergson no es otra cosa que la exploración de la relación entre vida y conciencia.

El alemán, en este lugar, habla de *Bewußtsein*: “el hecho de ser consciente”. En esta palabra, *sein*, ser, no engloba *bewußt*, sino que transforma el participio perfecto en el nombre genérico de un estado que también podrá llamarse *Bewußtheit* y que podría ser perfectamente sinónimo de *Bewußtsein*. De todos modos, se trata de un estado y no de una actividad, como sugieren las palabras francesas *conscient* y *conscience*. Esta diferencia se vuelve relevante en la conciencia moral (*Gewissen*): *Ich habe ein schlechtes Gewissen, j'ai mauvaise conscience*, tengo una mala conciencia —en francés, *Bewußtsein* y *Gewissen* son lo mismo, no así en el alemán—. La lengua aquí, evidentemente, ha trabajado para Freud y ha mantenido la conciencia (*Bewußtsein*) libre de toda connotación moral (*Gewissen*): *das Ungewußte* yacía ahí, objetivamente, ante Freud: sólo tuvo que sumergirse en ella —o en Ello.

Desde el comienzo, todo está situado de un modo diferente: en el francés hay algo así como una voluntad, un movimiento descendente, en última instancia, una decisión que se dirige hacia lo consciente. Ya el enunciado “*je suis un être conscient*” implica una representación muy elaborada, muy precisa del mundo. *Ich bin ein bewußter Mensch*, en cambio, a lo más significa que soy un (ser) pensante y no irreflexivo.

Je suis un être conscient en rigor debería traducirse como *Ich bin ein selbstbewußtes Wesen*, porque de ello se trata; el francés dispensa de precisar lo que el alemán subraya: el sí mismo (*Selbst, soi*). *Je suis conscient e ich bin meiner selbst bewußt* no son equivalentes, empero *conscience de soi* y *Selbstbewußtsein*, en cambio, se corresponden.

En cada etapa, uno ve al francés actuar ahí donde el alemán padece, se somete; la situación, su *Befindlichkeit*, no es la misma, todo sucede como si la lengua alemana se acercara desde el *es*, el “ça”, con su uso específico de aquel participio perfecto a partir del cual es creado todo lo que concierne a lo consciente e inconsciente —y con el Ello.

Todo pasa como si el alemán se dejara sorprender (*überraschen*) por algo que —desde un punto de vista etimológico— avanza más rápidamente que él mismo. Hay reapariciones re-

¹ Véanse, por ejemplo, Jean-Jacques Rousseau, “La Profession de foi du vicaire savoyard”, en *Émile ou De l'Éducation*, Garnier, París, 1762; y Georges-Arthur Goldschmidt, *Jean-Jacques Rousseau ou L'esprit de solitude*, Presses Universitaires de Lyon, Lyon, 2012.

pentinas, que se pueden producir en cualquier momento, brotando del tejido poroso de la lengua. Y la lengua hace como si no las viera (*sehen*), las elude, las obvia (*übersehen*), como muestra Jean-Michel Rey.

Pero la pregunta que surge a través de Freud es la siguiente: ¿puede uno reconocer eso reemergido, que se abre camino a través de la lengua? Estar en la lengua quiere decir, en cierto modo, dejar elevarse “en sí” a estas burbujas que revientan en la superficie, tal como si uno mismo no fuera otra cosa que el embate de las olas.

En el alemán, uno literalmente deviene (*wird*), se deja “hacer” a través de la lengua: ella viene hacia uno de un modo del todo natural. Uno puede recomponerla o inventarla a diario según la voluntad; el alemán se habla con liviandad, casi con un exceso de liviandad. Es como un mar, cuyas profundidades nunca fueron medidas y cuya superficie solamente se expone a sí misma; cuando desde hace un buen tiempo, es de un verde plateado, de reflejos oscuros, no transparente, pero que deja advenir caídas insondables. Las crestas de las olas bajo el viento se desintegran en espuma blanca, se reflejan por un instante en el cielo, pero, al caer, son engullidas por las masas de agua.

Incesantemente emergen burbujas hacia la superficie, burbujas de agua y aire, propulsadas desde profundidades insospechadas, que no se dejan entrever. Ellas revientan al entrar en contacto con el aire, el tiempo de una palabra. Lo anterior se debe a que *das Unbewußte* tiene la misma consistencia, la misma materia que *das Es*. Ambas son, de todos modos, gramaticalmente neutras, lo uno lleva de un modo natural a lo otro, y ello cada vez más en la medida en que *das Es* puede convertirse en el verbo de cualquier verbo que uno quiera. *Das Unbewußte* es neutro, al igual que *das Es*, sino es el neutro mismo, en sí: lo no situado, (ello) no tiene lugar. “*Es*” juega el rol de “*il*” y todavía debe hacer de “*ça*”.

“*Il pleut*” es, en alemán, “*es regnet*”, ello llueve. Pero el *ça*, no obstante, no está al alcance de lo inconsciente, *l'inconscient*. Esto es así porque *l'inconscient* es de una consonancia masculina, acentuada aún más por el sufijo *-ent* (*le patient, l'occident, l'accident, le tranchant, etc.*), todas las palabras terminadas en *-ent* o *-ant* son masculinas. Lo inconsciente en francés adopta un tono autoritario. Pareciera ser alguien —Dios no está lejos—. Nada de esto ocurre en el alemán, donde el género neutro de *das Unbewußte* dirige a la palabra en un sentido del todo diferente. *Das Schöne, das Böse, das Gute* (lo bello, el mal, lo bueno)

son neutros, así como todos los infinitivos pueden ser empleados como sustantivos: *das Essen*, *das Fahren*, *das Schweigen* (el comer, el conducir, el guardar silencio). Entre *das Es* y *das Unbewußte* existe, por ende, una continuidad: es el mismo mar, visto desde la misma cubierta, la misma agua un poco más lejos.

Pero entre el “ça” nada emana hacia *l’inconscient*. Un istmo, invisible, separa las corrientes, cubiertas por la espuma. “Ça”, por cierto, no es, encima de todo, una traducción fiel de *Es*. “Ça” muestra, orienta, indica, siguiendo la punta del dedo, en un sentido: *regardez-moi ça!*, ¡mira eso!, *ça est bien* (eso está bien). “Ça” siempre tiene algo de demostrativo, de revelador, algo decidido, pronunciado, que *es* jamás posee; de otro modo, *es* se llamaría *dieses* (este) o *jenes* (aquel) o también *das* (lo): *Das ist schön*. “Ça” solamente corresponde al *es* alemán cuando está asociado, ligado a un verbo, como “il”, ello, *ça coule* (eso) fluye, *ça marche* (eso) marcha, funciona, *ça fait du bien* (eso) se siente bien, etc., donde el verbo de alguna manera absorbe el “ça”.

Es sólo el momento de la inserción del verbo, del *Zeitwort*, la “palabra-tiempo”, en el tiempo de la duración; como lo resultante de la continuidad a la que regresa; se escurre, tal como el agua cogida con la mano, entre los dedos. *Es* entra por un oído y sale por el otro, pasa, fluye al pasar, errando, mientras que “ça” se dirige a quien lo escucha o menta. De este modo, se torna comprensible lo que *l’inconscient* pueda tener de autoritario: *ça* y *l’inconscient* se encuentran, entre ellos, en una forma de precisión que uno siente venir hacia uno sin que se muestre abiertamente. *Das Unbewußte*, en cambio, se despliega ante el observador como la mar, al mismo tiempo circular e ilimitado, como el mar Báltico u Ostsee con sus desvíos sorprendentes, sus brazos saturados de juncal, que bien podrían ser tomadas por cursos de río, viene de un lado y desaparece hacia otro, fluye (*en passant*), pero nunca se dirige directamente hacia ti.

“Ça vient!”, dice el francés. *Mir kommt es*, “eso me viene”, dice el adolescente a su *Busenfreund* (*ami de poitrine*, literalmente: “amigo de pecho”, su amigo del alma: aquel que uno presiona contra sí para saludarlo) cuando su perturbación se torna irresistible. Es que uno nunca sabe quién vendrá y golpeará la puerta del ático. El miedo de ser sorprendido con las manos en la masa quizá también pueda ser constitutivo de esa cosa que uno ignora.

En *La chose freudienne*, uno de los textos más importantes escritos acerca de Freud, Jacques Lacan recuerda que el francés antaño decía “*ce suis-je*”, antes de decir “*c’est moi*”, tal

como suele decirse actualmente, sustituyendo el ser viviente por el pupitre. De aquello que nos sorprende no tenemos nada que temer. Pero el alemán en este lugar dice: *Ich bin es, je suis ce*, “yo soy ello”, tal como si, como exacto reflejo especular del francés, le hiciera frente.

“*Ce suis-je*” ocupa en suma con relación al *Ich bin es* la misma posición que *l'inconscient* en relación al *das Unbewusste*. En principio, la cosa en francés se anuncia con toda su potencia: *c'est moi* — *c* corresponde aquí muy precisamente a *es*, como indica Lacan en el mismo texto—, aquello que aguarda afuera delante de la puerta², podría adueñarse del adolescente con la misma violencia como la perturbación irresistible, con la diferencia de que lo primero viene desde afuera y lo segundo desde adentro. Porque *das Unbewusste* flota (*treiben*) en alguna parte —es la mar dentro de la mar—.

Lo que debería sorprenderte, se disuelve en mí, que estoy ahí, al frente tuyo: “*ce suis-je*” o, como dice el alemán, *je suis ce*, “yo soy ese”, *ich bin es*: la lengua sólo puede fluir en esa dirección. Pero ¿qué significa? *Wer ist da?* – *Ich bin es!* ¿Quién está ahí? – “*C'est moi*, Ese (que) soy yo. ¿Cuál es entonces la línea divisoria, la superficie de la mar de ambos lados de la lengua?

Ich bin “es” / “c” est moi —ambas lenguas, podría decirse, se oponen, frente a frente—. Cuando yo te miro, tu ojo izquierdo mira hacia mi ojo derecho. De este modo, el francés está de la otra orilla de la mar.

“¿Quién, sino nosotros”, se pregunta Lacan, “se atreve a cuestionar el estatus objetivo de aquel *je* (yo) que un desarrollo histórico específico de nuestra cultura suele confundir con el sujeto?”³ Es que el francés, en efecto, se adueña más fuertemente de quien habla. Todo se reduce a un centro, la lengua siempre tiene la última palabra, tal cual como se encontró hecha. El establecimiento de la lengua conduce al pensamiento precisamente según esos modos que ella alberga no por casualidad.

Si bien el francés ha pasado de aquel “*suis-je*” al “*c'est moi*”, en él aún se puede decir: “*c'est toi qui a fait ceci ou cela*”, eres tú el que ha hecho esto o aquello, “*c'est moi qui le dis*”, soy yo quien lo dice, mientras que en alemán esto es imposible, ya que el pronombre personal obligatoriamente está acompañado de la persona correspondiente del verbo. Uno no puede decir “*Es ist ich*”, “*c'est moi*”, eso soy yo, “*Es ist Du*”, “*c'est toi*”, eso es yo; eso

² [N. del T.]. En francés: *Dehors devant la porte, Draußen vor der Tür*, una obra de Wolfgang Borchert, estrenada por la radio en 1947, traducida como *Dehors devant la porte* al francés.

³ Jacques Lacan, “L'Aggressivité en psychanalyse”, en *Écrits*, Seuil, París, 1948-1966, p. 118.

es gramaticalmente imposible. La construcción del alemán es inversa al francés: *c'est moi ça*. *Le coupable c'est moi*, el culpable ese soy yo. *Ich bin es*, dice en cambio el alemán *der Schuldige bin ich*.⁴

El *ça* en cierto modo absorbe el *moi*, mientras que en alemán es al revés: *ich bin der Schuldige*, yo soy el culpable. Así se ve mejor cómo la luz puede también jugar en la superficie de la mar. Las nubes oscurecen el sol, pasando delante de él, y posan una sombra inmensa, rodeada de la claridad lechosa de la mar, sobre la tempestad. Se trata, como dice Lacan en *La chose freudienne*, de ver “si, y cómo el *je* y el *moi* se distinguen y se sobreponen en cada sujeto particular”.

En francés, el *moi*, en cuanto se asocia con la tercera persona del verbo *être*, ser, se separa de golpe del *je*. *Je suis le coupable*, yo soy el culpable —*le coupable c'est moi*—, el culpable ese soy yo: el francés en este punto es ahí ambas lenguas a la vez. ¿Cuáles son, por lo tanto, a nivel del agua (*à fleur d'eau*), las corrientes submarinas que pulsán hacia la superficie, marcadas por boyas unidas por cabos invisibles y ancladas en el fondo marino? ¿Cuáles son esas aguas que así se distinguen —de color verde más o menos verde— y se traslapan, se recubren?

¿Acaso la mar no se extiende ininterrumpidamente de continente a continente? ¿No es ella la que circula así de lengua en lengua? *Mir ist das bewusst geworden*, “me es devenido consciente eso”, dice el alemán: desde el fondo algo ha vuelto a emerger a la superficie de mi conciencia. *Es ist mir bewusst geworden*, “ello me es devenido consciente”, dice el alemán, donde ello se ha adherido en algún lugar del casco del navío y la transparencia de aquella agua hace que ello no se distinga de la pintura que recubre los flancos del navío. *Bewusst*, dice el alemán, no *gewusst*.

El prefijo *be-* significa que uno equipa una cosa con otra, sirve para convertir un verbo intransitivo en uno transitivo.⁵ Lo que deviene consciente es lo que está cubierto de conciencia. *Mir ist etwas bewusst geworden* no significa que la cosa cambie, sino que ella finalmente ha emergido al nivel de mi conciencia. *Das Unbewusste* flota, en la mar, entre el fondo y la superficie, como *Treibgut*, un naufragio o quizá sea el agua misma, en al-

⁴ Mi culpa me es, en alemán, consustancial; la persona, el culpable está al mismo tiempo que su falta (1a persona del verbo). Yo soy la falta (véase René Girard, *Le bouc émissaire*, Grasset, París, 1982, pp. 56-57).

⁵ [N. del T.]. En alemán: “...*ausserdem kann es ein transitives Verb intransitiv machen*”. Es decir, la versión en alemán afirma exactamente lo contrario del francés. En este caso, al anteponer el prefijo *be-* a un verbo cualquiera, existe la posibilidad de convertir un verbo intransitivo (*gehen, treten*) en transitivo (*begehen, betreten*), es decir, sería cierto lo que afirma el original en francés.

gún lugar de sus propias profundidades. Una vez que aquello haya subido a la superficie, el francés opera según su propia lógica "actúa": *j'en ai pris conscience*, he tomado conciencia de ello, lo he cogido mediante la conciencia. La autoridad de lo "consciente" es confirmada de algún modo a través de esta "apropiación" o "toma".

Es de lo más extraño, cuán difícil resulta en alemán anudar el verbo auxiliar "*haben*", *avoir*, tener, con todo lo que concierne a la conciencia. "*J'en ai conscience*", "tengo conciencia de ello", en alemán se dice: "*Ich bin mir dessen bewusst*", "soy consciente de ello". Pero, una vez más, el francés en este lugar se desliza debajo de sí mismo, cuando dice "*j'en suis conscient*". Este "en" también procede de las profundidades. Parece haber sido alzado por aquel remolino, producto de la estela de aquel *unbewusste*, que "*l'inconscient*" no tiene. Aquí las aguas son transparentes las unas para las otras; sin embargo, lo son por debajo o de cada lado de las opacidades que las separan.

"En" es, exactamente, aquel "es" que "ça" no es: corresponde al "*dessen*", genitivo del relativo que insiste pesadamente sobre la precisión de aquello (*dessen*), de lo cual (*wessen*) uno es consciente. Todo pasa como si ahí, en el cruce de las corrientes que emergen a la superficie, las lenguas en alguna parte se quebraran como la imagen de un palo inmerso en el agua. "En", un pronombre tan vago como preciso, que reenvía a lo que fue dicho pero de lo ("en") que ya no se habla más. "Es" está hecho de "en", ambas tienen la misma consistencia, sin ser conscientes de ello, *parlons "en"* (hablemos de "eso"). Así, la lengua, decididamente, se ocupa (*umgehen*) de las cosas, rodeándolas (*umgehen*). O, dicho de otro modo, "*en a des détours*", tiene esos desvíos.

El agua se torna turbia ahí donde algo emerge. Siempre hay un instante en el cual la lengua abandona su reserva, se sale de sí misma —y a través de ello viene hacia ella misma (*aus sich heraus-kommt*)—. Ya lo decía Jean de La Bruyère, a quien la lengua de lo inconsciente puja muy cerca de la superficie de las palabras: "Un hombre guarda mejor el secreto de otro que uno propio".⁶ Él había visto completamente aquel desliz de la lengua, que se cuela entre los labios: "Uno confía su secreto en la amistad, pero en el amor se escapa",⁷ como también escribe. ¿Hace falta creer que la superficie esté tan cerca del fondo? Ese es el misterio: aquella superficie tan lisa, tan resplandeciente,

⁶ Jean de La Bruyère, *Les Caractères ou les Mœurs de ce siècle*, tomo I, Garapon, París, 1962, p. 128.

⁷ *Ibid.*, p. 140.

tan clara en tiempos de calma, se quiebra al menor contacto, deja de inmediato de ser superficie, se adhiere a todo lo que la toca, rodeándolo, atravesándolo, envolviéndolo; eso es justamente lo que expresa el prefijo *be-*, que rodea la palabra para cubrirla con una suerte de “película” brillante, la recubre sin penetrarla o se hunde de inmediato en sus abismos amenazantes: nadar significa ser sostenido por aquello en lo que uno se sumerge. *Bewußt* es como un hálito en una ventana helada. *Ein bewaldeter Hügel*: una colina boscosa. *Das Land bewächst sich*: el país se cubre de bosque. *Er ist bescheuert und ich bescheiße ihn*: Él está refregado, frotado con un cepillo de fregar, es lo que lo convirtió en un estúpido, un necio, por lo que puedo cagármelo, hacerle una inmundicia, es decir, engañarlo. Al final, uno siempre ve la cima, una cumbre que reposa sobre profundidades que se sustraen a la vista.

La superficie de la mar es lo que justamente ayuda a la vista: ella es lo que se abre sobre sus profundidades. La lengua es eso: la superficie de la mar, a través de la cual ella deja ver justamente lo que esconde: cuando uno la ve, uno sabe de inmediato que ella es la mar. Quien le habla, es traicionado por ella: en cada instante puede romper los diques e inundarlo todo. Ella está ahí, debajo de la arena seca de la playa. Es de nuevo De La Bruyère quien escribe: “Las personas prometen guardar un secreto, pero sin darse cuenta lo revelan; no mueven los labios, pero uno las entiende; uno lee sobre su frente y en sus ojos, uno ve a través de su pecho, ellos son transparentes”.⁸

Lo que estoy siendo es lo que se me escapa. Lo visible es a la vez lo que me revela y me traiciona. Mi rostro es mi superficie, más superficie de profundidades que, precisamente, el rostro revela. No existirían los secretos si no hubiera su traición.

La superficie (en ambas lenguas la palabra es casi la misma) es lo que está sobre: ella sólo es lo visible de lo que ella oculta y de lo que “ella” es. Ella es el arriba de lo que está debajo, así como el rostro (*le visible: das Gesicht*: lo que ve y es visto) es rostro solamente para mostrar ese yo que empuja desde adentro contra sus contornos. Estoy a la altura de mi rostro: tomado en él: mi sentimiento de existencia está a la altura de mi rostro: es él lo que uno ve, también es él lo que yo veo en el espejo, pero no soy yo lo que veo. ¿No me basta con colocar la mano sobre el espejo para no verme más? ¿Acaso no basta con sumergir la mano en el agua, que de inmediato se enturbia, para que los pliegues se formen en su superficie y cada uno de ellos refleje la misma

⁸ *Ibid.*, p. 178.

onda de luz y arroje la misma sombra? Cada uno de esos pliegues, de esos escalofríos sobre la superficie, es agua hasta las más hondas profundidades, ellas lo son, le pertenecen, ellas lo son. “Ellos no mueven los labios, pero uno los escucha”, dice De La Bruyère, uno ve a través de su pecho, son de la misma transparencia que la mar: lo que uno no ve, pero atraviesa con la mirada. *Sie sind durchsichtig*, dice el alemán, uno puede ver a través de la vista (*das Gesicht*) y ver un rostro (*das Gesicht*). La vista y el rostro el alemán lo ve a través de la misma palabra.

REPRESIÓN Y REPETICIÓN

Hacia el final del día, cuando el agua ya no exhibe ninguna rugosidad, se levanta, desde el lado opuesto, ya violeta, interrumpiendo la alta mar, silencia los colores, los multiplica y los transforma. Escribe Freud, en *La represión* (1915):

La represión trabaja, entonces, de manera en alto grado individual; cada uno de los retoños (*Abkömmling*) de lo reprimido puede tener su destino particular; un poco más o un poco menos de desfiguración cambian radicalmente el resultado. Dentro de este orden de consideraciones, es comprensible que los objetos predilectos de los hombres, sus ideales, provengan de las mismas percepciones y vivencias que lo más aborrecido por ellos, y en el origen se distingan unos de otros sólo por ínfimas modificaciones.

La traducción francesa, en este lugar, expresa exactamente lo que Freud describe: cómo la estatua al fondo de la mar no podría ser vista sino deformada desde la superficie. Si bien el mar del Mediterráneo, al menos en Grecia, es tan claro que uno fácilmente puede ver el fondo; aun cuando el agua, sin embargo, se hace profunda, deviene glauca, se recubre ella misma.

Pero cuando uno ve las piedras en el fondo o, a veces incluso, estatuas sumergidas de algún buque romano naufragado, ellas siempre parecen temblorosas, distorsionadas por las vibraciones y los temblores de la superficie. Todo lo que uno encuentra de este modo jamás podrá ser visto como si estuviera bajo el cielo abierto. Por muy clara que sea el agua, el bastón aparece, como es consabido, quebrado, y la parte inmersa no es idéntica a la parte que sobresale del agua. Por muy poco profunda que sea el agua, el objeto es distorsionado en mayor o menor medida y de este modo no hay tentación mayor que la de sacar algo del agua para “devolverle su apariencia” verdadera.

Atrapada en su misma trampa, la lengua (por eso es lengua) “deja entrever” de lo que habla, pero hay que verlo mirando a través de ella. Lo que uno, en definitiva, ve no es más que una coloración de la mar. El texto de Freud así “se desvía” de lo que habla y Freud, que sabía esto mejor que nadie, no cesa de repetir que jamás algo emerge a la superficie tal como era en las profundidades (quizás aquí se encuentre todo el problema del psicoanálisis). Los textos freudianos, en última instancia, siempre hablan de aquello de lo que provienen, sin serlo. Cada texto “se desvía” de lo que habla, lo desplaza. Cada texto es una traducción y, por ende, es una inadecuación de base.

¿Por qué quisiera uno que la traducción coincidiera con el texto, si ya el signo no coincide con lo que representa (si no sería la cosa y no el signo)? La relación de Freud en relación con su decir se parece a la relación del traductor con Freud.

Die Verdrängung equivale al *refoulement* francés —con la diferencia que *das Verdrängte* está alrededor de uno, como aquel ruido profundo y sordo, crujiente y superficial en los oídos, cuando éstos se llenan de agua al tragar agua involuntariamente, mientras que aquello que uno ha “*refoulé*”, reprimido, está debajo de uno: uno puede intentar pisarlo con los pies—. *Refoulement*, represión, de hecho, corresponde más bien a *Unterdrückung*: eso, sobre lo que uno se apoya, que uno empuja hacia abajo.

La traducción en este lugar parece otorgarle a la palabra exactamente la misma consistencia que le concedía Freud. Es como si las lenguas se sobrepusieran y esto podría develar mucho acerca de las mareas de sentido que van y vienen. *Ein unterdrücktes Element* (*un élément refoulé*; literalmente, un elemento suprimido⁹) o *die Unterdrückung von Trieben*¹⁰ o la *Triebunterdrückung* en general (la supresión de las pulsiones) es, por así decir, sinónimos de *ein verdrängtes Element* o de *Triebverdrängung*, con la diferencia que hay, en *Unterdrückung*, una suerte de guiño de ojo, una especie de complicidad: tal como si en ello, y esto quizá sea lo esencial, existiera un resplandor de conciencia en *unterdrücken*, que está del todo ausente en *verdrängen*. *Ein solches Gefühl sollte man unterdrücken*, semejante emoción debería suprimirse, no debería emerger a la superficie. *Réprimer*, reprimir, traduce exactamente *unterdrücken*, no

⁹ En Sigmund Freud, *Psychopathologie des Alltagslebens, Gesammelte Werke*, tomo IV, Fischer Verlag, Fráncfort, 1973 (1901), específicamente el apartado “Vergessen von Eigennamen”, “El olvido de nombres propios”, pp. 5-12.

¹⁰ Sigmund Freud, *Die “kulturelle” Sexualmoral und die moderne Nervosität, Gesammelte Werke*, tomo VII, Fischer Verlag, Fráncfort, 1973 (1908), pp. 143-170.

obstante, *répression*, represión, solamente traduce parcialmente *Unterdrückung*. Esto viene de lo más profundo: como los cadáveres que, inevitablemente, flotan hacia la superficie cuando no se les colocan piedras como un peso adicional: es de eso que las lenguas hablan incesantemente: las aguas no se mezclan sino donde la corriente se torna más débil.

Porque las palabras están hechas de la misma agua: uno no se equivoca más sobre el agua de lo que uno se equivoca sobre ellas: todas las lenguas están hechas de la misma cosa.

Al leer a Freud podría producirse la impresión que lo inconsciente está hecho como la mar. Uno siempre tiene una sensación de verticalidad, lo inconsciente, podría decirse, se sitúa en alguna parte del alma, está siempre en lo más profundo, del mismo fondo del cual constantemente algo emerge de nuevo, de ahí aquel *Wiederholungszwang*, aquella compulsión de repetición, aquel *Wiederkehr des Verdrängten*, aquel retorno de lo reprimido.

Pero aquí el alemán dice de otro modo lo que el francés “*entend*”, escucha o comprende, porque todo está en aquella voz fina que no se deja fijar. El “*retour*”, retorno, de lo reprimido, dice el francés, que con ello emplea dos veces el prefijo *re-* en un sentido diferente sin subrayar la diversidad de aquella forma explícita.

El *Littré*¹¹ lo dice bien: “*re-*, partícula prepositiva que se coloca al comienzo de las palabras y que a veces señala una repetición como en *redire* (volver a buscar, recuperar, repetir) o *revoir* (volver a ver), en ocasiones indica un retorno o una acción retroactiva como en *réagir* (reaccionar) o *repousser* (rechazar)...”. En suma, el francés arroja una piedra dos veces, mientras que el alemán aquí necesita dos piedras: *wieder* en el sentido de una repetición (*Wiederholung*) temporal y *zurück* en el sentido de un retorno en el espacio, un “*aller retour*”, un (boleto de) ida y vuelta es una *Rückfahrkarte*. *Zurück* a menudo tiene el sentido de *wieder*; sin embargo, siempre se separa de lo segundo a través de un matiz de espacialidad.

Wiederholen juega en el tiempo: es el “*nocheinmal*” de Nietzsche: otra vez se debe intentar lo que ya se emprendió una vez. *Wiederholen* supone que lo que se repite es todavía tal cual, que aún se encuentra en el estado anterior: lo que era, aún debe ser, no ha sido extraviado, “lo inconsciente” no está en otro lugar. Uno ve mejor, por esta razón, cómo *das Unbewußte*, eso de lo cual uno no es consciente, solamente puede ser anudado con *wieder*, pero no con *zurück*. Lo que retorna en el sentido de *wiederkehren*,

¹¹ [N. del T.]. El *Littré* es un diccionario etimológico de la lengua francesa, universalmente utilizado e indispensable para la comprensión pormenorizada de la lengua.

no deja de estar ahí. La partícula *wieder* le confiere a lo que no es consciente su presencia en el tiempo.

Más allá de ello, “*re-*” también traduce *ver-*, partícula verbal que expresa el hecho de alejarse del “camino recorrido hasta el momento”; *verdrängen*, *refouler*, reprimir, es en efecto “alejarse algo de sí mismo”, no dejar que advenga, no pensar más en ello, hacer como si, es decir, no dejar que lo reprimido tome el camino que debería tomar; *verdrängen* es, en cierto sentido, más explícito (*ausdrücklich*) que *refouler*, que finalmente corresponde más a *unterdrücken*, una palabra que Freud también emplea con frecuencia.

Refouler corresponde, por lo tanto, a dos palabras alemanas cuyo peso es desigual; *verdrängen* se encuentra a nivel de eso que es inconsciente, porque —y este es precisamente el problema— uno puede hacer como si no viera nada, mientras que *unterdrücken* ya se ubica a nivel de lo subconsciente, del orden de lo que uno puede retener bajo el agua, debajo de uno. Como cada quien ha tenido ocasión de corroborar, es fácil empujar debajo de sí algo al nadar, la liviandad de los objetos es sorprendente y su peso pareciera haberse invertido, siempre tienden a escabullirse y emerger súbitamente, a toda velocidad, a la superficie.

Uno es consciente de lo que uno *unterdrückt*, *réprime*, suprime, no así de lo que es *verdrängt*, *refoulé*, reprimido; en este sentido, Freud habla no por casualidad de *Unterdrückungsaufwand*, de un gasto o un despliegue necesario para suprimir, como si el que se esfuerza por sofocar sus sentimientos nunca tuviera la fuerza suficiente para lograrlo realmente.

Uno está constantemente amenazado por los “retornos de lo reprimido”, por las repentinas reemergencias a la superficie de la mar, por la *Wiederkehr des Verdrängten*, por lo reprimido que retorna. El mismo Freud, a todo esto, habla de la pleamar, la *Hochflut* de la libido, que no encuentra su *Ablauf*, su escurrimiento, su drenaje adecuado.¹² Es preciso creer que la palabra “*retour*” juega aquí plenamente su rol y que nadie puede equivocarse sobre su sentido, como si, en efecto, las lenguas hablasen de ellas mismas, como si dijese con la mayor exactitud lo que hablan, lo que ocultan y lo que silencian. Éste es el *ewige Wiederkehr des Gleichen*, el eterno retorno de lo mismo, tan caro a Nietzsche.

¹² Sigmund Freud, Sigmund *Psychoanalytische Bemerkungen über einen autobiographisch beschriebenen Fall von Paranoia (Dementia Paranoides)*. *Gesammelte Werke*, Band VIII, Fischer Verlag, Fráncfort, 1973 (1911), p. 298.

Es siempre la misma agua la que circula, que desciende y que vuelve a subir. En un texto cardinal, *Más allá del principio de placer* (1920), Freud dice acertadamente: “*Er (der Kranke) ist vielmehr genötigt, das Verdrängte als gegenwärtiges Erlebnis zu wiederholen, anstatt es, wie der Arzt es lieber sähe, als ein Stück der Vergangenheit zu erinnern*”.¹³ “Él [el enfermo] más bien se ve forzado a repetir lo reprimido como vivencia presente, en vez de recordarlo, como el médico preferiría, en calidad de fragmento del pasado”.

De este modo, la lengua verdaderamente marcha delante de Freud, indicándole el camino: su mismo desarrollo se convierte en prueba de lo que quiere decir debido a que en *Wiederholen* se encuentra la palabra *holen*: uno *holt*, va por, lo que ya está en un lugar que uno conoce. *Ich gehe Milch holen*: voy a ir a buscar leche.

Ich hole dich vom Bahnhof ab: voy a ir a por ti a la estación de trenes. *Holen*: ir por, no es lo mismo que *suchen*, buscar alguna cosa que se encuentra en un lugar que uno desconoce. *Wiederholen*, en este caso, es *répéter*, repetir: uno sólo puede *wiederholen* lo conocido (es *kommt wieder*, “ello retorna”).

Uno aprecia hasta qué punto estamos lejos del *Rückkehr*, aquello que no retorna (*kehrt zurück*) por sí solo, sino que hay que ir a buscarlo ahí donde eso se encuentra: *répéter*, repetir, en este caso preciso, traduce exactamente *wiederholen*. El *wieder* en *wiederholen*, ese prefijo temporal que se anuda al verbo y cambia su sentido, también muestra la actualidad de aquello que ahí retorna: *er ist wiedergekommen*, él retornó, volvió, es decir, nuevamente está ahí, su presencia anterior se renueva. Si uno dijera *er ist zurückgekommen*, ello significaría que él no ha permanecido ahí donde estaba, pero no prueba necesariamente que él alguna vez ya había estado ahí donde se encuentra el que habla de él.

Er ist eben wiedergekommen y *er ist eben zurückgekommen*, que se traducirían, en los dos casos, por “*il vient de revenir*”, él ha regresado, no dicen lo mismo: el primero dice que algo está ahí de nuevo, lo segundo que algo estuvo en otro lugar; pero lo reprimido, justamente, no estuvo en otro lugar y es por ello que puede volver a convertirse en presente, *redevenir présent* (*Es kann wiederkommen*). Simplemente está *wieder* da, sin que uno haya esperado que retornara.

Todo el interés de lo anterior reside en la “coherencia” lingüística de la empresa freudiana, coherencia que también debería poder encontrarse, “de acuerdo a” la lengua, en francés; en alguna parte debe existir un desvío posible. Como le respondería

¹³ Sigmund Freud, *Jenseits des Lustprinzips, Gesammelte Werke*, Band XIII, Fischer Verlag, Fráncfort, 1920, p. 16.

el general De Gaulle a su ayudante de campo, que le decía que no había podido identificar el rostro de una dama obesa: “Pues bien, amigo mío, entonces usted debe rodearla”. Del mismo modo, debe haber algún medio para poder rodear ese obstáculo; para ello está la lengua. Lo que una lengua tiene de particular es justamente lo que no está en otra. Si yo digo: “*Du hast recht*”, digo en efecto: “*Tu as raison*”, “tienes razón”, digo exactamente lo mismo y, no obstante, soy conducido de forma radicalmente diferentes: empero, como todo se encuentra en la coherencia de la lengua, concéntricamente todo está en el mismo registro. Entre *du hast recht* y *du unterliegst einer Zwangsvorstellung* ha de existir seguramente una relación, un deslizamiento interno, que hace que la lengua pueda disponer de ambas expresiones lingüísticas. “*Du hast recht*”, eres tú el que tiene el derecho, lo derecho, en latín *rectus*, que es lo recto y va en el buen sentido (*ratus*: calculado, contado, asegurado, fijado, marcado). Como se ve, *tu as raison* es una traducción exacta de *du hast recht*, que no quiere decir tú tienes *le bon droit*, el derecho, como uno suele creer por efecto de contaminación de la palabra, *das Recht*, el Derecho, sino: tú piensas correctamente. *Tu as raison* es, por ende, la exacta traducción de *du hast recht*, que permite suponer que todo se dejaría traducir de una lengua a otra así como una cosa lleva a la otra, fluidamente. *Du unterliegst einer Zwangsvorstellung*: *tu subis une représentation de contrainte*, eres víctima de una obsesión, padeces de una representación compulsiva.

Por consiguiente, hay que estar a la “*écoute*”¹⁴, “escucha” de la lengua: he aquí nuevamente uno de los términos que emergieron del fondo de la mar francés, una de esas expresiones a la moda, *sac au dos*, *Rucksack*, mochila, o *abbaye chauffée en hiver*, abadía climatizada en invierno, en las cuales la lengua francesa establece su contacto con el psicoanálisis; “*l’écouter*”, un término que aquí anda perfectamente. Su prodigioso desarrollo durante los últimos veinte años lo demuestra bien: un término que en toda la obra freudiana se buscará en vano, a pesar de que ahí se escucha tanto.

El alemán no puede hacer, en efecto, la diferencia entre “*écouter*” y “*entendre*”, quizá por ello ha comprendido (*entendu*)¹⁵ tan bien lo reprimido, porque ha emergido por el mismo camino

¹⁴ [N. del T.]. El alemán no dispone de una palabra equivalente a *l’écoute* francés, que significa escucha, y que en alemán tendría que traducirse como *Horchen*, aguzar el oído, *Lauschen*, estar a la escucha, escuchar atentamente, *Anzapfen*, interceptar, *Ohren*, oídos, *Empfang*, recepción, *Sendezeit*, tiempo de emisión, etc.

¹⁵ [N. del T.]. El francés, a su vez, no distingue entre *hören*, oír, escuchar, llegar a saber, también obedecer, y *verstehen*, entender, comprender, pudiendo emplearse *entendre* en ambos casos.

desde las profundidades hacia la superficie: *hören*, *entendre*, oír; *zuhören*, escuchar o *horchen* vienen juntos, son una y la misma palabra (y, según el Kluge¹⁶, probablemente emparentadas con *ous* y *oreille*, la oreja o el oído), mientras que *écouter* y *entendre* no poseen relación interna alguna.

De este modo, existe un deslizamiento natural entre *hören* y *zuhören*, como si fuera del todo natural pasar de uno al otro, en las mismas aguas, es la misma agua en la cual lo reprimido sube a la superficie hacia la misma superficie: *ich höre zu*, *j'écoute*, escucho, es solamente un *hören* más exacto (*forte*), al cual puedo añadir algo, en el cual oriento mi oído hacia aquello que escucho. *Wiederholen* está cerca, en algún punto, de *hören*: *man wiederholt nur das einmal schon Gehörte*, uno repite solamente lo ya una vez ha escuchado (los sonidos de la escena primordial, quizá), también es natural que aquello sea *erhört* o *herausgehört* por el analista, comprendido por él¹⁷ (*erhört*), o descubierto en medio del resto, prorrumpido por la escucha (*herausgehört*); es por ello que la lengua dice, ella misma, que lo reprimido es algo ya conocido, que pertenece a lo consabido de antaño.

Volvemos sobre *wieder*, más que sobre *zurück* —*zurück* no pertenece al orden de aquello que se escucha, *zurück* no retorna desde el interior del tiempo, sino que pertenece al orden del espacio—; *wieder*, en cambio, atañe al orden del tiempo: hay, en efecto, una “voz” de lo reprimido; su retorno, su *Wiederkehr*, que se expresa en la compulsión de repetición (*Wiederholungszwang*), pertenece rotundamente al orden de lo auditivo, como si existiera un ruido que fue *verdrängt*. *Wieder* es como una indicación desde el interior de la lengua, *zurück* señala una dirección en el espacio; *zurück* nos reenvía a algo que es del orden de lo visible.

Pero bien puede ser que la única dificultad estaba aquí en el orden de las casualidades o de los peligros (*hasards*) de la lengua (¿pero de qué casualidades o peligros exactamente?); resulta curioso constatar que el francés, si bien distingue entre *revenir* (*wiederkehren*) y *retourner* (*zurückkommen*), puede formar el sustantivo “*retour*”, aunque no posee un equivalente construido para *revenir*.

Si uno interroga atentamente la palabra *retour*, uno escucha que dice ambas cosas a la vez: el francés dice tanto, pero

¹⁶ [N. del T.]. El Kluge es un diccionario etimológico de la lengua alemana, universalmente utilizado e indispensable para la comprensión pormenorizada de la lengua.

¹⁷ [N. del T.]. *Erhören* también significa: concederle algo a alguien o, antiguamente, ceder ante los cortes de alguien.

uno no siempre lo escucha. El francés y el alemán dicen exactamente las mismas cosas, pero lo disponen de un modo del todo diferente. ¿De dónde vendrá el hecho que uno puede comprender al otro? Así las lenguas parecen manifestar a su modo un hecho fundamental, que Freud ilustra admirablemente a través del ejemplo del “Be-be-o-o-o-o” en *Más allá del principio de realidad*: el famoso *fort-da*.

En suma, no se trata de otra cosa que del *aller-retour*, el ir y venir, el *va-et-vient*, el va y viene, del francés; ya que el extraordinario relato de Freud acerca del niño que juega a hacer desaparecer y reaparecer un carretel, y en la ausencia de su madre descubre su propia imagen en el espejo y la hace desaparecer, dice lo mismo en francés —como bien puede verse en el texto de Lacan¹⁸—. Se encuentra, por supuesto, que lo que Freud quiere decir pasa totalmente “*en dépit*”, de cualquier modo, a pesar de las lenguas. Lo que las lenguas dicen es justamente aquello que, a pesar de ellas, pasa de una hacia otra.

Lo que sale a la superficie, deslizándose a través de ellas, es lo que dicen, su *aller-retour*, su *fort-da*; el *wieder* retorna en la explicación que Freud entrega de la historia que relata: el niño “se resarcía, digamos, escenificando por sí mismo, con los objetos a su alcance, ese desaparecer y regresar (*Verschwinden und wiederkommen*)”.¹⁹ Gramaticalmente también habría sido posible emplear *zurückkommen*, que habría sido menos significativo; porque el sentido que se impone es el sentido que retorna (*wiederkehrt*), *immer wieder* dice el alemán, *encore et encore*, el francés. El resultado es el mismo, pero el camino del todo otro. En francés, no hay nada que sea similar a *wieder*—; la diferencia de sentido, del matiz, aparece de inmediato, pero no puede expresarse salvo mediante aquel “*entre-deux-langues*” que, justamente, no puede expresarse; tal como si el francés se resistiera a la expresión del *hin und her*, el *auf und ab*, el jaeo de la escena primordial²⁰ que el bebé de Freud *entendu* (*gehört*, escuchó) tan bien.

Asimismo conviene preguntarse: ¿qué quiere decir reconocer una diferencia sin llegar a describirla? Para otorgar la exacta consistencia de *wieder* a *zurück* o para discernir exactamente lo que

¹⁸ Jacques Lacan, “Le stade du miroir comme formateur de la fonction du Je”, en *Écrits I*, Seuil, París, 1966 (1949), pp. 93-100.

¹⁹ Sigmund Freud, *Jenseits des Lustprinzips*, op. cit., p. 128.

²⁰ [N. del T.]. Mientras que en la traducción al alemán se emplea el vocablo freudiano *Urszene*, escena primordial, tributaria del prefijo *ur-*, que suele remitir a tiempos primordiales u originarios, pertenecientes a los primeros tiempos, acaso míticos, fuera de toda cronología, *ursprünglich*, el francés, de modo consistente con la traducción de la obra de Freud, dice *scène primitive*, literalmente: escena primitiva, con lo cual introduce un adjetivo evolutivo cargado de valoraciones previas.

significa *Wiederholen*, habría que situar la palabra en el seno de la lengua alemana, que justamente no entrega expresión alguna al francés: en suma, ¿qué es lo que hace que una no sea la otra? ¿Cuál es el sentido de no decir algo? Si ya Freud, en sus *Conferencias de introducción al psicoanálisis* (1916-1917 [1915-1917]), formula la pregunta: *¿Was heißt das, es hat einen Sinn?* (¿Qué quiere decir eso, ello tiene un sentido?), uno también puede preguntarse qué quiere decir que el sentido no suceda —o que al menos no suceda así—. ¿Reconocer el sentido no es acaso verlo no suceder? Y si, al permanecer *bras ballants*, de brazos cruzados, *von den Socken*, diría el alemán, fuera el origen del sentido: ¿y si el sentido estuviera exactamente ahí donde se oculta?

¿Y si el “sentido” consistiera en estar en dos lenguas y si todo el curso del psicoanálisis consistiera en hacer visible lo otro en la lengua? ¿Si una lengua fuera, en suma, el análisis de la otra? El alemán analiza, trae a la luz del día lo oculto en el francés —y viceversa: porque todo esto también está en el francés—. Una lengua es el recurso de la otra, es su jadeo ante lo que ella misma no puede expresar.

En su análisis de los actos fallidos²¹, Freud subraya que los errores de lectura, los lapsus, los objetos extraviados, son incidentes interiormente emparentados por la sílaba *ver*: *versprechen*, *verlegen*, *verhören*, *verlesen*:²² uno podría seguir añadiendo, tranquilamente: *sich vertanzen* (pisarle los pies a la compañera de baile), *sich verfahren* (perderse manejando), *sich vertippen* (cometer errores de tipeo), etc. Prefijo en efecto totalmente ausente en francés y que reaparece justamente en la *Verdrängung*, como si existiera en la lengua alemana aquel gesto de la mano —que borra las cosas—. Nada que se acerque a ello ni remotamente en francés. El prefijo *ver-*, cuya historia filológica es difícil de establecer, ocupa un lugar central en el sistema verbal alemán. Parece que existen varios prefijos *ver-* que luego se fusionaron en uno solo. Esta sílaba siempre es inseparable, no acentuada, incorporada a la palabra con la cual se enlaza y de la cual forma parte integral.

Ver- designa: 1) aquello que se desvía del camino recorrido hasta acá; prefijado; 2) aquello que avanza hasta las últimas consecuencias; 3) aquello que invierte el sentido mismo de la palabra hasta su contrario. Es como si aquí se desplegara el contenido analítico de la lengua (que es muy diferente del francés) en la superficie de las palabras, visible para todo el mundo; y, sin

²¹ Sigmund Freud, *Vorlesung II. Die Fehlleistungen. Vorlesungen zur Einführung in die Psychoanalyse. Gesammelte Werke*, tomo XI, Fischer, Fráncfort, 1973 (1916-1917 [1915-1917]). pp. 18-32.

²² *Ibid.*, p. 21.

embargo, antes de Freud no hubo psicoanálisis, antes de Freud nadie vio, de este modo, lo que la lengua decía de manera tan clara.

Al leer las *Conferencias de introducción al psicoanálisis* se tiene la sensación que Freud observa la lengua alemana tal como ella deja salir lo impronunciable a la superficie: hacia esa película ínfima en la cual el agua al mismo tiempo aún es agua y ya no lo es. En este punto inconcebible de conjunción donde a la vez todo es y todo termina, revientan las burbujas surgidas desde las profundidades, son esos pequeños *ver-*, que de golpe emergen, sin que uno se percate de ello, en la superficie de este océano de sentido. Al hablar uno mismo siempre es sorprendido, una y otra vez, por este pequeño *ver-*, que uno repentinamente emplea, repentinamente, a través del cual se puede reconocer tanto que no se admite. ¡Decididamente, la lengua alemana siempre supo todo acerca de ella misma! Sin *ver-*, Freud quizá nunca habría tenido la intención fundamental que lo guió hacia el descubrimiento del psicoanálisis; ¿qué habría sido de Freud sin *ver-*, sin *un-*, sin *über-*?

¿Y el francés? El francés tiene a su Ménaque, pero hasta hoy nadie parece haberse dado cuenta, así como antes de Freud nadie había tomado nota del *ver-*.

EL VER- AL FUEGO O EL CUERPO (*LEIB*) DE MÉNALQUE

Porque todo está ahí, y hay que pasar por Pedro para vestir a Pablo²³. ¿Pero cómo Freud pudo llegar a ello? Es cierto que el francés no puede hacer venir lo que en el alemán viene a la palabra, pero no por ello hay que vestirse de alemán. Nadie necesita deformar el francés para demostrar que sabe leer alemán. Lo que es ya decirlo todo —y no reconocer nada—. Porque si el francés no tiene prefijos o al menos si no los utiliza como el alemán, posee otra cosa: los personajes.

Uno puede decirlo todo, pero siempre a través de alguien (es cierto que en Freud tampoco faltan las personas). En francés todo es expresado a través de personajes o al menos mediante figuras.

Al no poseer su *Mensch*,²⁴ el francés está obligado a traducirlo por “être humain” (ser humano), no obstante, no cesa de

²³ [N. del T.]. Esa es una alusión indirecta y modificada de una locución verbal francesa: *déshabiller Pierre pour habiller Paul*, que significa “desvestir a un santo para vestir a otro”.

²⁴ [N. del T.]. En alemán, designa el (ser) humano, el hombre, hablando genéricamente. *Menschheit*, por ende, es la humanidad, *Menschlichkeit*, el humanitarismo. Otros usos: *Mitmensch*, literalmente: con-humano, prójimo/-a, *Nebemensch*, literalmente: humano-al-lado, el vecino, *Unmensch*, (ser) inhumano/-a. De este modo, por ejemplo, el popular juego conocido como parchís o ludo, en alemán se llama *Mensch ärgere Dich nicht*, (Hombre) no te enojés. En francés, *l'homme* se refiere más directamente a lo que sería *der Mann*, es decir, el hombre.

mirarlo todo a través de alguien, a diferencia del alemán —que nunca lo hace—. No es en vano que uno de los escritores cuya percepción más se aproximó —inconscientemente— a los límites del psicoanálisis, “pone en escena” tantos personajes, y no es en vano que Freud haya contado tantas historias.

De hecho, Jean de la Bruyère (1645-1696), mediante un personaje como Mélanque, se dedica al mismo trabajo de exploración que Freud, con la diferencia de que su “capital” permaneció inexplorado.

Un solo personaje, Mélanque, el distraído, reúne (*rassemble*) no sólo todas las posibilidades del prefijo *ver-*, sino también las abraza (*embrasse*): él es ellas: él está ahí, reuniéndolas en sí, en la unidad en la que él, Mélanque, es el “*rassemblement*”, la (re)colección, la concentración, la aglomeración. De La Bruyère apunta a ello a través de una observación que es tan poco leída como el mismo De La Bruyère: “Éste es menos un personaje particular, que una colección de hechos dispersos: si son de su agrado, no podrían ser suficientes; dado que los gustos difieren, uno tiene la elección”.²⁵ Todas las situaciones coinciden en una: uno tiene la elección, pero sea lo que sea lo que uno elija, siempre será el resultado de Mélanque. Siempre será alguien distraído, como si el francés, para realizar el mismo trabajo sobre la lengua, reemplazara el prefijo por alguien, como si la lengua francesa aquí se “encarnara”. El paciente está ahí, ante el análisis, Mélanque está ahí delante de Freud. Eso, en el texto de De La Bruyère, en efecto, no cesa de invertirse, de invaginarse, de voltearse, de volcarse: uno diría que las aguas del fondo ininterrumpidamente bascularan hacia la superficie para, de inmediato, volver a descender, como si, en cada instante, lo inconsciente se abriera, se descubriera, pero enmascarado por su propia remontada. Cuando Mélanque “apaga su vela, está del todo sorprendido de no ver nada más y no entiende cómo esto pudo haber sucedido”²⁶ —es que él ve entrecruzarse los hechos, sin saberlo—. La estupefacción de Mélanque desemboca exactamente en los descubrimientos freudianos.

Uno sabe, de hecho, el rol que la distracción juega en Freud, gracias a que le ha consagrado un libro completo, *La psicopatología de la vida cotidiana*, conocido por todos, porque cada quien se pregunta si lo ahí descrito también es así en su caso.

Si Freud ve, en las acciones precedidas por un *ver-*, los intervalos en los cuales se manifiesta todo lo que no puede hacerlo

²⁵ Jean de la Bruyère, *op. cit.*, p. 298.

²⁶ *Ibid.*, p. 301.

sino en las “lagunas” de la existencia cotidiana, uno puede interrogarse si toda la pregunta por lo inconsciente no se encuentra figurada precisamente por “el cuerpo de Ménalque”.

Porque en todas las situaciones consideradas, Freud nunca hace otra cosa más que explicitar lo que De La Bruyère reconoce: los dos encuentros siguientes nos darán de qué hablar al respecto. Jean de La Bruyère escribe:

Él avanza por la nave (de la iglesia), cree ver un reclinatorio, se deja caer pesadamente sobre él; el artefacto se doblega, se derriba y se dispone a gritar; Ménalque se sorprende de verse arrodillado sobre las piernas de un hombre bajito, regordete, apoyado en su espalda, los dos brazos sobre sus hombros, y sus dos manos juntas y extendidas que le agarran la nariz y le cierran la boca; se retira confundido y se arrodilla en otro lugar.²⁷

Freud, en *La psicopatología de la vida cotidiana*, en el capítulo VIII, titulado “*Das Vergreifen*” (“El trastocar las cosas confundido”), escribe:

En una casa amiga me encontré con una joven allí invitada como huésped; excitó en mí una concupiscencia que yo consideraba hacía tiempo extinguida, a raíz de la cual me puse de un talante alegre, locuaz y solícito. En aquel momento hube de rastrear las vías por las cuales ello me sobrevino; un año antes, esa misma muchacha me había dejado frío. Pues bien, el tío de ella, un señor de edad muy avanzada, entró en la sala y ambos saltamos para alcanzarle una silla que estaba colocada en un rincón. Más ágil ella, y también más cerca del objeto, se apoderó primero de la silla y la traía frente a sí con el respaldo hacia atrás y ambas manos puestas sobre los lados del asiento. Llegué yo después y, no resignando mi derecho a acarrear la silla, de pronto me encontré de pie apretado detrás de ella, enlazando ambos brazos desde atrás en torno de la muchacha, y mis manos se tocaron por un momento delante de su regazo. Desde luego, deshice la situación tan rápido como se había producido.

Uno ve en este lugar que se trata de lo mismo —a excepción del estilo, porque Freud no era escritor sino médico—. No olvidemos que Freud, ciertamente, no se engañaba sobre el hecho que “inventó” personalidades tan destacadas como el “Hombre de las ratas” y el presidente de senado Daniel Paul Schreber.

²⁷ *Ibid.*, p. 300.

Sin embargo, el escarnio de De La Bruyère, la brusquedad de sus gestos, crean un surgimiento de “*l’insu*” marcado por la repetición de la “sorpresa”. Ménalque es el cuerpo sobre el cual Freud trabaja. Ménalque es, él mismo, Ménalque: él es todo esto a la vez, y a pesar de lo que le sucede a grandes rasgos obedece la sucesión temporal, en él todo se convierte en uno.

En *Las palabras y las cosas* Michel Foucault recuerda que es en tiempos de Jean de La Bruyère, en resumidas cuentas, que se cobró conciencia del orden sucesivo de la lengua: “Un lenguaje no puede representar al pensamiento, de golpe, en su totalidad; es necesario que lo disponga parte por parte según un orden lineal, o bien, éste es extraño a la representación”.

El lenguaje instauro un orden, una gramática que lo sitúa en el espacio, como dice Foucault; sin embargo, es justamente en Ménalque donde se manifiesta incesantemente el desorden, la ruptura inherente al lenguaje: como si fuera lo otro de la lengua, como si hablase, por decir, alemán en francés; es en este instante en el cual se sorprende, estupefacto de lo que lo atraviesa.

Todas las anécdotas contadas por Freud son como recipientes con un fondo de vidrio, de esos que antaño se sumergían en el mar Mediterráneo para tratar de ver el fondo a través de ellos: siempre alguna cosa, emergente desde abajo, dando tumbos, venía a perturbar la superficie.

Ménalque no deja de ser ajeno a sí mismo. Todo el texto de De La Bruyère está basado en el acentuamiento de un desfase, en la aparición de lo que uno menos se esperaba. Constantemente, Ménalque es expuesto al ridículo, a la traición de los signos, al *ver-*.

Es interesante resaltar que Freud invoca a tantos escritores, de Heine hasta Goethe, Schiller o Strindberg, pero no cite a De La Bruyère. En particular, si se considera que todos los ejemplos de *La psicopatología de la vida cotidiana* ya se encuentran en Jean de La Bruyère. Pero los silencios de Freud, como se sabe, son al menos tan locuaces como los actos fallidos de Ménalque. *Fehlleistungen*, dice el alemán (*actes manqués*, actos fallidos).

Die Leistung: la realización, la proeza, la hazaña: *das ist aber eine Leistung!* —¡Vaya, qué (tremenda) cosa la que has hecho!— *Leistung*: *gut ausgeführte Tat*, dice el *Brockhaus*, acción bien ejecutada. *Acte manqué* no traduce con toda precisión *Fehlleistung*, porque “*acte*” sólo de modo secundario tiene el sentido de *Leistung*; acto y acción, de hecho, están más cerca de *Tat* o de *Aktion*. Freud, a todo esto, emplea más frecuentemente la palabra

Fehlleistung que *Fehlhand-lung*, como si quisiera subrayar el esfuerzo que la realización de las actividades diarias requieren: las *Leistungen* de la vida cotidiana. Es eso mismo lo que Jean de la Bruyère muestra: de modo visible para todos, pero sin saberlo, liberado a su *insu*, Ménalque está entregado a las confesiones de su inconsciente: *ihn überkommt* es, como se diría en alemán, “*cela le submerge*”, algo le sobreviene, lo sumerge; al leer el texto de De La Bruyère, Ménalque puede resistir a sus impulsos tan poco como el adolescente, *wenn es sich seiner bemächtigt*, cuando aquello se apodera de él. ¡Qué vinculación más perturbadora entre el deseo y la distracción se encuentra señalada ahí en Jean de La Bruyère!

Bergson señala a propósito de Ménalque “una cierta elasticidad innata de los sentidos y de la inteligencia, que conduce a que uno siga viendo lo que ya no es, escuche lo que ya no suena y diga lo que ya no conviene”.²⁸

Ese desplazamiento revela el “otro lugar” en el que está Ménalque, su olvido constante de lo que debería hacer. ¿Qué relación podría tener el olvido con los lapsus, los objetos que uno cambia de lugar, los errores de recorrido, etcétera? La “persona” de Ménalque encarna la similitud entre *Vergessen* y *Versprechen*, *Verle-gen*, *Verirren*, etc., que se expresa en el *ver-*, el prefijo de *verdrängen*, reprimir, o *versprechen*, que también menta no solamente un lapsus sino también significa prometer (si bien el *ver-* en estos casos no tiene el mismo origen etimológico).

¿Es esto, lo que Bergson llamó tan acertadamente “las distracciones del lenguaje”²⁹, como si ella pudiera engañarse a sí misma, como si estuviera hecha de la misma “agua” como los errores de Ménalque?

Por cierto, ¿a qué sabe entonces esa agua? ¿A la “sal” que tantas bocas inocentes han probado, que se enteraron a través del otro, a qué saben ellos mismos, así como uno saborea sus palabras en la boca? Es eso mismo lo que Ménalque “pasa por alto”. Freud, sin embargo, no se deja engañar: “Por eso también en la vida está prohibido olvidarse en ciertas situaciones, y parece borrada la diferencia entre la concepción popular y la psicoanalítica de esta operación fallida”.³⁰ Todo sucede como si uno no dejara de batir la mar: el agua fluye alrededor,

²⁸ [N. del T.]. En el original, en francés, en lugar de *inelasticité*, como corresponde al texto de Bergson, dice *élasticité*. Henri Bergson, *Le rire. Essai sur la signification du comique*, PUF, París (1900) 1975, pp. 8-9.

²⁹ [N. del T.]. En el original, en francés, dice “*les distractions de la langue*”, en lugar de “*les distractions du langage lui-même*”, como figura en el texto de Bergson. *Ibid.*, p. 79.

³⁰ Sigmund Freud, *Vorlesung III. Die Fehlleistungen*, op. cit., p. 42.

rodea el cuerpo, al mismo tiempo es resbaladiza y elusiva: tan líquida como la lengua: se refleja incesantemente en su propia superficie, aquí azul, allá verde, también roja. En *La psicopatología de la vida cotidiana* Freud da innumerables ejemplos de este sustraerse de la lengua: como si la lengua estuviera condenada a derrapar sobre ella misma, a lidiar con llevar, una y otra vez, su presa a un lugar seguro, las mercancías flotantes en la mar (*Treibgut*), siempre crujientes, de las cuales uno fácilmente puede resbalar y caer al mar: es ahí donde flotan todas las lenguas.

Así, “Ménalque desciende las escaleras del Louvre, mientras otro las sube, al que le dice: ‘Lo estoy buscando’; lo toma de la mano, lo hace descender junto a él, atraviesa varios patios, ingresa a las salas, sale de ellas, sigue, regresa sobre sus pasos; finalmente mira a quien arrastra tras de sí desde hace un cuarto de hora, se sorprende de que sea él, no tiene nada que decirle, suelta su mano y emprende otro rumbo”.³¹ Eso es exactamente lo que sucede en el texto de Kafka *Una confusión cotidiana*, en el cual A y B se cruzan del mismo modo, donde A se desencuentra con B en presencia de éste. A y B no se cansan de cruzarse durante todo el día sin encontrarse. Cuando finalmente A, que se ha enterado que B aún se encuentra en su casa, sube corriendo la escalera, se tropieza, se desgarrar un músculo —y escucha a B bajar la escalera mientras no puede hacer otra cosa que gemir en la oscuridad: es el inverso de la historia de Jean de La Bruyère y es, por tanto, idéntico—: apurarse, dice Kafka, es ya llegar demasiado tarde; ser Ménalque significa estar condenado a tropezar de *Fehlleistung* en *Fehlleistung*, eternamente.

Sucede que la claridad del sol sobre el agua es en efecto “engeuecedora”, mientras más vivamente brilla, menos se ve al interior del agua, en este punto ambas lenguas están plenamente de acuerdo: das *Licht blendet mich*, la luz me deslumbra, me ciega, *blenden* significa deslumbrar (*éblouir*) y también reventar los ojos, cegar (*aveugler*), es la misma palabra que *blind*, ciego; la *Verblendung*, ceguera, pasmo, reverberación, en el cual una vez más se vuelve a encontrar el *ver-*, se encuentran ambas lenguas. El deslumbra-miento, en efecto, torna ciego. *Verlegen*, *versprechen*, *verschreiben*, *vegreifen*, todos esos lapsus, esos objetos extraviados o aquellos gestos fallidos pertenecen todos al orden de la *Verblendung*, de la cual Freud apenas habla, como si, en efecto, todo girara en torno a un no-dicho, un sitio vacío en el seno de la lengua, un punto ciego

³¹ Jean de la Bruyère, *op. cit.*, p. 301.

que se inscribe más profundamente en el centro de la lengua mientras menos ésta habla de él. Freud, al escribir, roza otras palabras, las toca levemente al pasar, mientras que ellas están ahí para él, alrededor de él. Es en la lengua donde hablan los textos. Es en el alemán que Freud instaure su discurso.

Todo sucede, en resumen, como si algunos términos —deslumbrantes— ejercieran resistencia a la explicación. Freud, desde luego, ha empleado, ha sopesado, degustado la palabra que desecha como palabra clave: no porque no la conociera, sino quizá porque habría hecho superfluo el “desvío” de la explicación. Todo el proceder freudiano consiste, precisamente, en permanecer constantemente atento frente a la lengua, en jamás dejarse “sorprender” por ella y escuchar permanentemente lo que ella narra.

En la cuarta de las *Conferencias de Introducción al psicoanálisis*, Freud escribe —mediante el ejemplo de un diputado del *Reichstag* en noviembre de 1908— que los lapsus parecieran estar conducidos por una voz interior que da miedo (la confusión entre “sin reservas”, incondicional y “sin columna vertebral”, sin agallas, carente de rectitud: *rückhaltlos* y *rückgratlos*). Esas son los disparates, les *bévues*, *Versehen*, literalmente: *desver*, equivocaciones de la lengua, ante las cuales la traducción, incluso si fuera ejemplar, enmudece: un juego de palabras que no se deja traducir, porque no dice nada que se encuentre fuera de la lengua.

¿Acaso estas innumerables “*bévues*”, *Versehen*, deslices de la lengua no son significadas por la lengua misma, como si ella “desapareciera” (*s'imprévoyait*), como si ella se destinara a perderse, como si estuviera determinada a dejar escapar, en cualquier momento, lo que no quiere decir: ¿Por qué el retruécano, el *Kalauer*, es con frecuencia reducible a lo escatológico, a lo sexual? ¿Se trata aquí de aquella lengua fundamental, *Grundsprache*, esa lengua pujante de una obscenidad originaria de la cual habla Ferenczi en su texto *Palabras obscenas. Contribución a la psicología en el período de latencia*?

*Ich muss in den Birkenwald
meine Pillen wirken bald.*

(Debo ir al bosque de abedules,
mis pastillas prontamente harán efecto).

Bajarse los pantalones en el bosque de abetos —si se considera para qué servían los abedules en Alemania o Inglaterra, uno tendrá que admitir que la lengua tiene la mente sucia—.

Freud ha demostrado una y otra vez cómo la lengua está hecha en cierto modo para retornar constantemente a eso que uno quisiera hacer que oculte: ¿su *Sprachverblendung*, su deslumbramiento lingüístico?, ¿su punto ciego?, ¿su silencio en su centromedio?, ¿de qué nos va a hablar?, ¿Schreber y el Hombre de las ratas, están ahí, para decírnoslo?

Esta *Sprachverblendung*, este deslumbramiento de lenguas, no promete nada bueno, porque *versprechen*, prometer, es, también, cometer un lapsus: *ich habe es versprochen, dabei habe ich mich aber versprochen*: lo (es) prometí, pero, al hacerlo, me desdije, cometí un lapsus, como si la promesa fuera un lapsus en sí misma; ¡la lengua, como dice Bergson, en ocasiones tiene tales distracciones! Ese, a quien le prometí eso, quizás puede haber mal entendido (*er kann sich verhöhrt haben, mal entendu*), que es lo que puede ocurrir cuando uno es sometido a un interrogatorio (*wenn man ihn verhöhrt*).

Entre los numerosos sentidos de *ver-*, el que se podría aplicar a *versprechen* es: *über etwas hin(weg)*, hacia una cosa por sobre otra, como si para prometer, *promettre, versprechen* algo, uno tuviera que pasar por alto, omitir, *omettre, überhören*, o hacer caso omiso, hacer vista gorda, *übersehen*. *Über etwas hin*, es “omitir”, *omettre*, no ver, descuidar todo el resto. Esa es la promesa que hace el niño sorprendido en delito flagrante: no lo hará más, es decir, seguramente lo hará nuevamente.

Prometer algo, es, por ende, omitir todo el resto, prescindir de todo lo que se interpone entre la promesa y su cumplimiento, por lo tanto, es *übersehen*, hacer como si uno no viera los obstáculos y dedicarse a los lapsus ahí donde ellos se manifiestan: sus *Versprechen* a los cuales se refiere. Y cuando uno se vea expuesto por sus confesiones involuntarias, uno apelará a que fue un *Versehen*: *Das habe ich aus Versehen getan*, lo hice por inatención, por inadvertencia, *mégarde*, porque no miré con exactitud, como si hubiera querido mirar hacia otro lado y ver otra cosa; no me previne (*vorsehen*) contra lo que no debería haber visto y que me ha impulsado a hacer lo que no debí hacer.

Freud escribe lo siguiente a propósito de los actos fallidos: “*man überhört auch oft das eigene Versprechen, niemals das eines an-deren*” (a menudo comete un desliz auditivo respecto del trastrabarse propio, nunca respecto de los del otro).³²

Reden, hablar, siempre trae consigo *Verwirrung*, confusión: veo como el otro se traiciona, se delata: *sich Blößen geben*: mostrarse desnudo, mostrar debilidades, flaquezas. Atento a los

³² Sigmund Freud, *op. cit.*, p. 49

pasajes de su discurso en los cuales se desnuda su inconsciente, le cobro la palabra, *sein Versprechen*, que quizá sólo sea un *Versprechen*, ya que una promesa es casi siempre lo que uno no tiene la intención de cumplir. Intento de inmediato ocultar mi desnudez, pero mi ojo no cesa de espiar la suya. Como si la lengua, y esto es lo que Freud indica más tarde, estuviera hecha para distraer sin cesar, como si la lengua debiera desviar la atención de lo que podría ser dicho (*Ablenkung*) para aniquilar lo que era.

Pero *überhören* la mayoría de las veces significa “hacer como si uno no entendiera”. *Das habe ich überhört* implica que uno entendió perfectamente (cuando uno realmente no ha escuchado algo, se dice: *Das habe ich nicht gehört*); *das habe ich überhört* quiere decir: Eso mejor quisiera no haberlo escuchado. En *überhören* importa el juego de sentido que *hören* contiene, pues además tiene que ver con la idea de obediencia (*Gehorchen*): *er hört nicht* (él no escucha, es *ungehorsam*, desobediente, su comportamiento es *ungehörig*, impertinente, indebido) o *er ist gehörig geworden* (él se volvió obediente, dependiente de) e implica asimismo la idea de poseer, pertenecer: *das Buch gehört mir*, ese libro me pertenece. Todo lo anterior le otorga a la palabra *überhören* un carácter casi irónico, un guiño de ojo desde lo más profundo de la lengua.

Das tat ich aus Versehen, lo hice porque miré mal, como si quisiera mirar más allá y ver otra cosa, lo hice por “descuido”, “*mégarde*”, por no estar en guardia, no me hice y mantuve (*garder*) a un costado cuando viene lo que no debía ver y que, por ende, me ha hecho hacer lo que no quise (hacer)³³.

De tal forma, como se ve, la mar, *die See* o donde la lengua pesca, es insondable: se sumerge en el agua, pero se moja sin saberlo. Todas las lenguas hablan en su superficie, por debajo de ellas está todo lo que ellas no dicen, pero que otras lenguas podrían decir o dicen, quizá, sin poder decir lo que ellas dicen.

Es desde el alemán —no desde Freud— que vino la idea de la mar, y quizás a Freud la idea de lo *Unbewusste* le vino de la misma manera, en que ella emergió desde el fondo a través de la lengua: *das Meer*.

En uno de sus textos más conocidos, *Das Ich und das Es*, Freud es llevado casi naturalmente a recorrer la idea de *Oberfläche*, que traduce con gran exactitud “*surface*”, superficie. *Oberfläche* es creada en 1710 por el filósofo Christian Wolff, como traducción de *surface*. “Si tratamos de obtener una figuración gráfica, agregaremos que el yo no envuelve al ello por

³³ [N. del T.]. Este párrafo no figura en la traducción al alemán.

completo, sino sólo en la extensión en que el sistema P forma su superficie [la superficie del yo], como el disco germinal se asienta sobre el huevo, por así decir. El yo no está separado tajantemente del ello: confluye hacia abajo con el ello”.³⁴ Como se ve, la mar no está lejos, las aguas confluyen y se entremezclan como las lenguas, como si cada una estuviera ahí donde el sentido se cruza, se quiebra y se produce, “se desnuda”. El agua es lo que se desplaza sin cesar, en constante movimiento, deslizándose debajo de sí mismo, inaprehensible, sobre el cual juegan todos los colores y todos los reflejos.

En el verano Tübingen se refleja en el Neckar, zambulléndose con toda la variedad de sus fachadas hacia su propio cielo. Es por ello que las barcas de los estudiantes están adornadas con linternas: en la superficie del agua se confunden las luces.

En consecuencia, el sentido puede ser encontrado ahí donde se “desnuda” y se lanza en picada, ahí donde retorna sobre sí mismo, donde se repite, *wo er sich wiederholt*: en la cabeza de Ménalque, por tanto, cada vez que es sorprendido, por así decir, con las manos en la masa: “En una ocasión regresó del campo; sus lacayos en librea intentaron robarle y tuvieron éxito. Saltan de su carruaje, le asestan un golpe en la garganta con una antorcha, le exigen su billetera y él la entrega a ellos; llegado a casa le cuenta su aventura a sus amigos, que de inmediato le preguntan por las circunstancias y él les dice: Preguntad a mi gente, ellos estuvieron ahí”. Es precisamente en función de su carácter de evidente, su irrefutable comprensibilidad de suyo, relacionada íntimamente con el decir y la lengua, que nadie se percató de ello. Resulta extraño que este texto extraordinario en el cual todo es dicho y mostrado, sea tan poco tomado en consideración y haya pasado tan inadvertido. Es así de flagrante que deviene *unheimlich*, de una *étrange familiarité*, ominoso, que uno permanece boquiabierto, como delante de un gato “venido de no se sabe dónde”, que, de repente, a uno le cae rodando entre las piernas.

En cada instante, la lengua pone en juego sus sorpresas, por lo mismo es que ella es esa lengua: lo que en ella no funciona es lo que la lengua de al lado le hace ver. Uno siempre mira a través de la mar, si bien el agua es transparente, empero frecuentemente el cielo se vuelve plomizo, la superficie de la mar lechosa, mate, gris, la tempestad se desata, los “valles de las olas” se tornan cada vez más profundos, ahí donde recién se apilaban montañas de olas al instante se abren precipicios, y el naufragio

³⁴ Sigmund Freud, *Das Ich und das Es. Gesammelte Werke*, tomo XIII, Fischer, Fráncfort, 1975 (1923), p. 292.

es seguro: el esquife está perdido, “*corps et bien*”, “*mit Mann und Maus*”, con toda su carga —humana y material.

LAS CORRIENTES DE LA MAR

Una vez apaciguada la tormenta, retorna el sol y la superficie de la mar, vuelve a brillar y cambia de colores, pero hay algo que flota entre los restos del naufragio, *Treibholz*, dice el alemán, madera flotante, porque eso *treibt* a la superficie de la mar, “*deriva*”. Es a esto que uno llama a *die Drift*. Eso que emerge hacia la superficie desde el fondo, como es sabido, es lo que sucede con los cadáveres. “Todo lo reprimido y sustituido para la conciencia se conserva en lo inconsciente y sigue siendo eficaz”.³⁵ escribe Freud en uno de sus textos más osados: Pegan a un niño. Desde lo más profundo, aquello remonta y se encuentra en algún lugar en la superficie³⁶.

Uno podría preguntarse, de muchas maneras, si toda la obra freudiana acaso está basada en la alternancia entre el abajo y el arriba, en las remontadas y descendidas de las corrientes al interior de la mar, porque todo lo que fue *verdrängt*, reprimido, *wird wieder emporgetrieben*, es propulsado desde abajo hacia arriba para “hacerse superficie”.

Lo inconsciente muestra muy bien que el olvido no existe, que todo, de un modo u otro, ya sea directa o indirectamente, acaba para retornar: ello desciende y emerge según las corrientes: *nachdem es wie getrieben wird*, después de que las cosas fueran “empujadas”, como si fueran *Treibholz*, madera flotante, llamada así porque pareciera que es llevada, empujada por la mar. Aquella palabra se deriva de *treiben*, un verbo poderoso que significa empujar hacia adelante, hacer avanzar, mover y a partir de la que se compone *der Trieb*, el sustantivo radical del verbo, como *Sieb* lo es de *sieben*, tamizar, cerner, o *Stoss* de *stossen*, empujar, dar un puntapié, etc.

Trieb, se dice, es traducido al francés como *pulsion*, pero *Trieb* en oposición a *pulsión* es una palabra tan común y cotidiana que hace parte del vocabulario de cualquier niño de ocho años, el que, cuando bajo el calor de un día de verano se abalanza sobre su *Eis am Stiel*, helado de palo, lo quiebra y lo deja caer al suelo, tiene que escuchar “*Siehst du, jeder ist das Opfer seiner eigenen Triebe!*”, ya ves, cada uno es la víctima de sus

³⁵ Sigmund Freud, *Ein Kind wird geschlagen. Gesammelte Werke*, tomo XII, Fischer, Fráncfort, 1973 (1919), p. 222.

³⁶ [N. del T.]. Este pasaje, que en la edición en francés aparece entre comillas, sin precisarse su referencia, aparentemente no corresponde a Freud, por lo que las comillas han sido eliminadas.

propias inclinaciones. O, cuando Doña Isabella en *La novia de Messina* de Schiller se desnuda ante las miradas masculinas: “*Der Not gehorchend, nicht dem eigenen Triebe*” (obedeciendo a la necesidad apremiante, no a las inclinaciones propias), lo que, como se reconocerá, no es demasiado poético. Si en la escuela uno es cogido en un lugar donde no debería estar, a uno le dicen: “*Was treibst du denn hier?*”, “¿qué es lo que haces aquí?”. Es siempre interesante notar hasta qué punto la cotidianidad revela la orientación de la lengua por su relación con lo real: *l'agir, kindliches Treiben*, actuar sin direccionalidad, en alemán, *le faire*, actuar adulto, dirigido, hacer, en francés.

Sin embargo, *treiben* también significa arrear una horda, llevarla a pastar, a través de su pasto. Entrará en él a través de una senda trazada (*Durchtrieb*), por lo que el pastor que la conduce podría ser *ein durchtriebener Kerl*, un tipo astuto, que ha pasado por todo tipo de afrentas, que se las sabe todas, pero que es posiblemente el juguete de todas las pulsiones posibles, que lo atraviesan, *sie durchtreiben ihn*, por lo que es un *durchtriebener Kerl*. En ese sentido, podría ser un *Getriebener* uno que lo *treibt*, se acuesta, lo “hace” con cualquiera, que se deja *treiben*, estar a la deriva, *Unsinn treibt*, hace tonteras, o incluso *Unzucht*, comete abusos deshonestos: el que lo *treibt zu arg*, que se pasa de la raya, y termina varado como *Treibgut*, desechos flotantes. Todo esto Freud lo tenía en la punta de la lengua —y en la punta de su pluma, cuando ocupaba la palabra *Trieb*—. No tuvo que inventar nada, como se ve.

Pulsion, en cambio, es una palabra erudita y cuyo significado más cercano, la de una propulsión, *Antrieb*, instintiva, no fue utilizado sino hasta 1910; traducía un concepto simple y popular en un término artificial y docto.

Existe, con frecuencia, desfase en el nivel de la lengua: la realidad (*Wirklichkeit*) explorada por Freud yace, al interior de la lengua, en el alemán y en el francés en niveles diferentes, tal como si las aguas que puján hacia la superficie no vinieran de las mismas profundidades.

Probablemente uno debería haber traducido *Trieb* con “*poussée*” (empuje, presión, fuerza ascensional), una palabra procedente del francés coloquial y que ocupa, en la lengua, una posición comparable a *Trieb*, a pesar de que su uso está lejos de ser tan cotidiano como lo es *Trieb*, que incluso se encuentra en *Treibstoff*: combustible, es decir, la materia que propulsa un vehículo, puesto que *treiben* no quiere decir otra cosa que abrirse paso, empujar de manera casi irresistible: la libido freudiana, después de todo, no es otra

cosa que el *Geschlechtstrieb*, “*l’instinct sexual*”, que corresponde tan poco a lo que dice la palabra alemana, a pesar de que dice casi exactamente la misma cosa. *Der Trieb nach Speise*³⁷: aquello que nos agujonea a nutrirnos, es un *Trieb* muy agradable y del todo cotidiano. *Es treibt mich*, ello me empuja, como un palo de escoba en la espalda. Casi siempre *Trieb* podría reemplazarse por la palabra “*désir*”, deseo. Cuando uno lee a Freud y se pregunta qué aspecto tendría lo que uno acaba de leer en francés, prácticamente se impone (*drängt sich auf*) dicha palabra, ya que es la que más se aproxima a *Trieb*.

No obstante, es como si existieran entre las lenguas idas y venidas, pleamar y bajamar, el cambio entre marea alta y baja, por las cuales ellas se equilibran y se cuelan —en lo profundo— la una hacia la otra, mezclándose; sin embargo, el *Trieb* permanece tan intraducible al francés, así como —y de una forma casi paralela— tampoco es posible transferir *désir* al alemán.

El *désir* es algo del todo diferente que *der Trieb*, *le désir* no puja, más bien atrae hacia sí, contiene, en cierto modo rodea su objeto, mientras que *der Trieb*, en cambio, es una fuerza independiente de lo que ella encuentra en su camino. *Le désir* puede disimularse, buscar evasivas, para ganar tiempo y luego irrumpir de modo más súbito, *le désir* deja dominarse, uno permanece siendo su maestro, es el sujeto, mientras que uno deviene el objeto del *Trieb*, que lo coge a uno por la espalda, empujándolo por atrás.

El *Trieb*, según lo constatado, está situado en la lengua del todo diferente que *pulsion* y *désir*. Al lado del *Trieb* existe, por supuesto, la palabra *der Instinkt*, que, a pesar de que es menos antigua, es casi tan corriente. Sin embargo, Freud lo reserva casi exclusivamente al mundo animal.³⁸ El *Trieb*, en cambio, siempre tiene consecuencias “psíquicas”, *seelische Folgen*, *conséquences psychiques* —ya que el francés no posee el adjetivo compuesto a partir de “*l’âme*”, *die Seele*.

A todo esto, el mismo Freud define el *Trieb* en aquel sentido en el apartado titulado “Las aberraciones sexuales”. “Por *Trieb* podemos entender al comienzo nada más que la agencia representante (*Repräsentanz*) psíquica de una fuente de estimulación (*Reizquelle*) intrasomática en continuo fluir; ello a diferencia del estímulo (*Reiz*), que es producido por excitaciones singulares provenientes de fuera. Así, *Trieb* es uno de los conceptos del deslinde de lo anímico (*das Seelische*) respecto de lo corporal”.

³⁷ En la traducción al alemán dice *Esstrieb*, pulsión a comer, que designa el acto de comer como objeto, *essen*, mientras que *Trieb nach Speise* identifica al alimento, la comida, *Speise*, como el objeto de la pulsión.

³⁸ Véase Sigmund Freud, *Das Unbewusste. Gesammelte Werke*, tomo X, Fischer, Fráncfort, 1973 (1915), pp. 264-306.

Der Trieb es también, y quizás esencialmente, lo que empuja desde el interior, como el *Antrieb* de los vehículos, una fuerza motriz en el interior mismo del cuerpo, y por algo Freud en una de sus conferencias, la 32^a, *Angustia y vida pulsional*, habla de la “corporalidad”, *die Leiblichkeit*.

Lo que el niño empuja fuera de sí es, como es consabido, el primer pequeño regalo que hace a quienes lo nutren; *treiben*, en ciertos aspectos, no está tan alejado de *drücken*, empujar, y Freud ha demostrado cuán estrechamente ese verbo, *drücken*, y, consecuentemente, el verbo *treiben*, están relacionados con la columna fecal y, por ende, con el pene. No es azaroso que el padre, mientras levantan una reja alrededor de su jardín, le diga a su hijo: “*Heute müssen wir noch Pfähle treiben*” (hoy aún tenemos que poner rodrigones).

Treiben le corresponde al gesto del cuerpo —*der Leib*— a la *Leiblichkeit*, a este “*être corps*”, ser-cuerpo, que tiene tanta importancia en alemán y en particular en la lengua de Freud. “*Ich werde dir deine schlechten Gewohnheiten schon austreiben*”, ya sabré cómo arrebatarte tus malos hábitos, le dice el padre al hijo, después de que hayan puesto los mentados rodrigones alrededor de su jardín. La lengua en este lugar, una vez más, se delata, de un modo del todo inocente: automáticamente, uno piensa en la tortura medieval del *Pfählen*, empalar. De ahí no se sale: es siempre lo mismo de lo que habla la lengua en Freud y Freud con ella —no hay escapatoria, solamente un eterno retorno de lo mismo (*Gleichen*).³⁹

La lengua también dice *Unzucht treiben*, *se livrer á la luxure*, entregarse a los abusos deshonestos, la lujuria. Ello me empuja hacia ello, ello me hace avanzar, es como la esencia, el *Treibstoff*, *le carburant*, dice el francés (“lo que produce relaciones de carbono”), la materia que empuja, dice el alemán, uno también lo emplea para impulsar un *Triebwagen*, un *autorail*, automotor. *Triebwagen* también contiene *treiben*, así como *propulser* contiene *pulser* o *pulsion* (el *Triebwagen*, por supuesto, comúnmente se traduce *autorail*).

El *Trieb* siempre está ahí, ya sea activo o adormecido, pero constante, y de este modo está profundamente vinculado con *das Unbewußte*. El *Trieb* está ahí, se ha instalado de una vez por todas, es un “rasgo” esencial del ser viviente, en el cual perdura mientras éste viva.

Der Trieb viene de *es*, él es *es*, y la lengua lo dice bien: *es treibt*, como hemos visto, me arrastra, un fluir que parte de mí que,

³⁹ [N. del T.]. El añadido después del guion solamente figura en el texto en alemán, explicitando la hebra nietzscheana que acompaña el argumento.

en contra de mi voluntad, me hace correr más rápido de lo que quisiera, una verdadera *Treibjagd*, batida, montería.

“Una pulsión se distingue de un estímulo (*Reiz*) en el hecho de que proviene de fuentes de estímulo situadas en el interior del cuerpo, actúa como una fuerza constante y la persona no puede sustraérsele mediante la huida, como es posible en el caso del estímulo externo”⁴⁰, escribe Freud en la 32ª conferencia, limitándose a explicitar lo que la palabra contiene, como la hace cualquier diccionario alemán:

“*Treibende Kraft*: fuerza propulsora, *innerer Drang*, pujanza interior”, dice *Der Kleine Brockhaus* ilustrado (el *Petit Larousse* alemán), “*Gerichteter (innerer) Antrieb, treibende Kraft*”, el *Wahrig*: “propulsión (interior) direccionada, fuerza (interior) que empuja”. Como se ve, Freud solamente repite lo que la lengua misma dice, se conforma con hablar después de ella, con “hacerla hablar”, *la faire parler*, como dice el francés.

Der Trieb, por ende, está más cerca del deseo que del instinto. Al mismo tiempo, contiene una especie de trazo espacial, que también posee la palabra francesa *pulsion*. El *Trieb* es lo que emerge desde lo profundo hacia la superficie, sobre lo que uno se tiene que apoyar para volver a hacerlo descender, que hay que suprimir. Es por ello que Freud repite, una y otra vez, como, por ejemplo, en *La moral sexual “cultural” y la nerviosidad moderna*: “En términos universales, nuestra cultura se edifica sobre la sofocación de pulsiones”. Ahora bien, emplea aquí la palabra *Unterdrückung*, que legítimamente habría que traducir por *refoulement*⁴¹, supresión: hay que presionar hacia abajo para que eso se hunda, y *drücken* es hundir, apoyarse. Esa es la consistencia del vocabulario freudiano.

De pasada es interesante constatar que todo lo que Freud dice del *Trieb* ya se encuentra, una vez más, en Nietzsche, y esto desde la *Morgenröte*. Freud jamás hace otra cosa que no sea otorgarle a la lengua que emplea su contenido preciso. Y quizá su empresa precisamente es que esto se corresponda con el movimiento mismo de la lengua alemana.

Der Trieb está ahí, desde siempre, en la expresión alemana y en especial entre los “Románticos”. Mientras veía como el mundo yacía mudo bajo el cielo en el cual se arma la tormenta, Friedrich, el héroe en Joseph von Eichendorffs *Ahnung und Gegenwart*, se arroja en sus estudios para no “pensar” en Erwin, el joven

⁴⁰ Sigmund Freud, *Vorlesung XXXIII. Angst und Trieb*. *Neue Folge der Vorlesungen zur Einführung in die Psychoanalyse 1933. Gesammelte Werke*, tomo XV, Fischer, Fráncfort, 1973 (1932-1933), p. 104.

⁴¹ El original francés dice “bâtie sur la répression des pulsions”, es decir, edificado sobre la represión de pulsiones.

“muchacho” (no sabrá sino en el instante de la muerte de Erwin que es una muchacha) que ama. “Esto pudo hacer que se abstuviera de observar más de cerca a Erwin, quien en esa tarde se había vuelto más silencioso que nunca y parecía consumirse lentamente en un deseo maravilloso⁴² por aire libre y libertad” (“*und sich an einem wunderbaren Trieb nach freier Luft und Freiheit zu verzehren schien*”).⁴³ Porque el *Trieb* es, en efecto, a la vez misterioso y maravilloso (*wunderbar*), ya que es aquella, esa *stumme Stimme*, la voz muda de la cual se habla en otro lugar.

El *Trieb*, en un sentido puramente freudiano, ya figura en un ensayo menos conocido de Friedrich Schiller, que apareció en 1780 bajo el título *Sobre la relación entre la naturaleza animal del hombre con lo espiritual* —un título, a todo esto, del que Freud seguramente no habría renegado—. Uno podría apostar que Freud conocía perfectamente el ensayo en cuestión.⁴⁴

Ahora bien, el texto está basado por completo en un estudio verdaderamente freudiano del *Trieb*. El *Es* ya aparece como fundador de las manifestaciones del *Ich* en la superficie. Uno de los subtítulos dice: *Tierische Triebe wecken und entwickeln die geistigen* (Pulsiones animales despiertan y desarrollan las [pulsiones] espirituales). Schiller insiste en el campo extremadamente reducido de la actividad (*Tätigkeit*) intelectual en comparación con la actividad corporal (*leiblich*) y animal. Él ya muestra en qué medida toda actividad intelectual (del *Ich*) es, en cierto modo, una transferencia de la actividad animal subyacente.

Una vez más, los “clásicos” alemanes —Schiller y Goethe⁴⁵— han formulado todo esto antes de Freud; empero, dirían los analistas, les faltaba lo esencial; eso, la lengua, ella también, lo había adivinado, como se ve, *der Trieb* corresponde a *das Fleisch*, el cuerpo, la carne. Qué extraño que en el alemán para la carne viviente, *la chair*, y la carne muerta, *la viande*, solamente exista un término para las dos: *das Fleisch*.

Todo escritor debe pasar necesariamente por los desvíos de la lengua que emplea: su voluntad de expresión toma necesariamente esta forma: en suma, así como el agua se ciñe exactamente a las orillas que la contienen, la lengua se moldea al sólido más nimio que uno sumerja en ella. El agua en un jarro

⁴² [N. del T.]. En la versión en francés falta el adjetivo *wunderbar*, maravilloso.

⁴³ Christiane Briegleb y Clemens Rauschenberg (eds.), *Ahnung und Gegenwart, Sämtliche Werke des Freiherrn Joseph von Eichendorff*, tomo III, Reclam, Stuttgart-Berlín-Colonia-Maguncia, 1984 (1815), p. 191.

⁴⁴ Friedrich Schiller, (1879/1924). *Über den Zusammenhang der tierischen Natur des Menschen mit seiner geistigen. Sämtliche Werke*, tomo V, Cotta, Stuttgart, 1924 (1879), p. 9-ff.

⁴⁵ [N. del T.]. En la edición en alemán solamente dice “los clásicos alemanes”, sobreentendiendo que se trata de Friedrich Schiller y Johann Wolfgang von Goethe.

evidentemente tiene la forma de éste, sin por ello ser, él mismo, un jarro. En otras palabras, el sentido necesariamente pasa por la lengua; recoge el sentido, mas, sin embargo, y esto es lo que hace que una lengua sea una lengua, esto pasa de la una a la otra. El agua fluye de un lugar a otro.

Es como si el procedimiento freudiano hubiera sido creado a través de su formulación, como si Freud hubiera descubierto lo inconsciente a través de la naturaleza misma de la lengua, del ritmo mismo del alemán. Uno también podría decir que Freud ha observado la lengua alemana a través de otra lengua, precisamente esa lengua que habla a través del alemán y sobre la cual se sostiene toda la investigación freudiana, aquella lengua, en suma, que nos permite hablar otra lengua.

La curva respiratoria del alemán, totalmente diferente del francés, es mucho más amplia; uno necesita, para pronunciar una frase, un esfuerzo torácico mucho mayor. La caja torácica se expande y se relaja alternadamente, de ahí también la construcción especial de la frase secundaria con su “verbo final”; la voz sencillamente desciende hasta que expulsa el aire en la última palabra. Nada es tan absurdo y tan estafalario —especialmente bajo la pluma de un traductor sobresaliente, si bien “*poète fiévreux*”, poeta afiebrado— como esta afirmación, según la cual, en alemán, el “verbo va al final y empuja la frase”.

Goethe ya dijo en un dístico⁴⁶ que antaño despertó asombro. Uno hace “*gorges chaudes*”⁴⁷, “gargantas calientes”, como se dice en francés, uno podría burlarse del Gran Hombre, uno estaba entre los suyos. Llevando las cosas un poco más allá, esto también podría devenir esto otro:

*Im Atemholen sind zweierlei Gnaden
Luft einziehen und sich ihrer entladen*

(En el respirar hay dos clases de gracias
Inspirar aire y descargarlo)

Mediante lo anterior, Goethe quiso indicar la naturaleza misma de aquel desarrollo rítmico del alemán, el *auf und ab*, ese movimiento⁴⁸ de ascenso y descenso, de sístole, en suma, y de diástole, que es la esencia.

⁴⁶ [N. del T.]. En alemán se agrega: *irritierend*, irritante.

⁴⁷ [N. del T.]. *Faire des gorges chaudes*, burlarse, mofarse. *Gorges chaudes* también significa pechos calientes, lo que en este contexto resulta sugerente.

⁴⁸ Ludovic Janvier ha escrito sobre este asunto un poema muy bello: “Dans respirer”, en Ludovic Janvier, *La mer à boire*, Gallimard, París, 1987.

Respirar, el pecho se expande y luego vuelve a contraerse, se eleva (*auf*) y descende (*ab*). Es siempre el mismo movimiento de ir-y-venir (*hin und her*) que uno encuentra, en todo momento, en el desarrollo de la lengua alemana y es precisamente ese movimiento el que subyace al *Wiederholungszwang*, aquella compulsión de repetición que hace que un objeto sumergido en el agua tenga la tendencia a volver a emerger. Pero, lamentablemente, sucede lo mismo que con los peces muertos que flotan en un canal: cuando salen a la superficie, ya no son lo mismo.

En suma, este movimiento desde arriba hacia abajo o desde abajo hacia arriba, que va de la memoria al olvido, y de vuelta, ya está marcado por su mismo retorno; empero, aquello que retorna no es exactamente lo que era en el origen. “Todo lo olvidado había sido penoso de algún modo: produjo terror, dolor, o fue vergonzoso para las exigencias (*Ansprüche*) de la personalidad”,⁴⁹ dice Freud en su “Presentación autobiográfica” de 1925, y aspira a resistir a las *Strebungen*⁵⁰, aquellas aspiraciones que, de golpe, emergen en la vida anímica y que recubren al *Trieb*, la *pulsion*. Y he aquí, de repente, restablecido el “*désir*”, porque *die Strebung*, en todos sus puntos, no es otra cosa que el deseo.

A todo esto, en los orígenes, Freud quiso nombrar *Abwehr*, defensa, al conflicto entre la *Strebung* y su represión.⁵¹ (Lo dice en: “Mis tesis sobre el papel de la sexualidad en la etiología de las neurosis” (1906 [1905]). *Abwehr, etwas abwehren*: defenderse de algo alejándolo de uno.

“*Je m'en defends*”,⁵² dice bastante bien la lengua, utilizando, instintivamente o por razones lingüísticas, los términos mismos de Freud. En ello reside la razón por la cual uno construye diques a orillas de la mar, en la costa del mar del Norte, tanto en Holanda como en *Schleswig-Holstein*. Ese es el rol de la *civilisation (die Kultur)*: “contener” los *Triebe*, “reducir” o “restringirlos” (*ein schränken*), moderarlos (*mässigen*), encauzarlos mediante los diques (*eindämmen*). En el fondo, Freud perfectamente podría haber utilizado *die Eindämmung* en lugar de *die Verdrängung*, porque la represión rodea de diques (*dämmt ein*) la mar a menudo desatada.

En el hermoso medio de la lengua de Freud uno constantemente encuentra todo que la lengua alemana había dicho antes

⁴⁹ Sigmund Freud, *Selbstdarstellung. Gesammelte Werke*, tomo XIV, Fischer, Fráncfort, 1973 (1925), p. 54.

⁵⁰ [N. del T.]. Más frecuente: *Streben*, aspirar a, dirigirse a, *Anstreben*, pretender, aspirar a. *Strebung* es más bien infrecuente, más común: *Bestrebung*, aspiración, esfuerzo.

⁵¹ Véase Sigmund Freud, *Meine Ansichten über die Rolle der Sexualität in der Ätiologie der Neurosen. Gesammelte Werke*, tomo V, Fischer, Fráncfort, 1973 (1906), pp. 149-169.

⁵² [N. del T.]. En francés *defends* contiene la palabra *fend*, que significa alejarse, desprenderse, alejar algo de uno.

de él, todo lo que, en ella, retorna, que no se deja cerrar con un dique (*eindeichen*).

Es lo que ya decía el bebé de Freud con el célebre *Fort-Da*, que no es otra cosa que el *hin und her*. Aquí se vuelve a manifestar: *es kehrt wieder*, algo retorna, no es que haya partido alguna vez, por lo que no es una *Rückkehr*, regreso, sino, como se constató, una *Wiederkehr*, un retorno, el agua jamás se fue, siempre permaneció (siendo ella misma), solamente se desplazó: en la marea alta es la misma agua la que retorna, y toda la cultura consiste en *lutter*, resistir (*widerstehen*), en oponerse con todas sus fuerzas contra la remontada de las aguas.

“Podemos imaginarlo así: lo reprimido ejerce una presión continua (*Druck*) en dirección a lo consciente (*zum Bewußten hin*), a raíz de lo cual el equilibrio tiene que mantenerse por medio de una contrapresión incesante (*Gegendruck*)”,⁵³ escribe Freud en *Die Verdrängung* (1915).

En el mismo texto, Freud insiste asimismo en el carácter móvil de la *Verdrängung*, que se desplaza, *die sich verschiebt*, se traslada al ritmo de las mareas. Tarde o temprano, lo que flotaba en las profundidades es devuelto a la superficie. Para ello, Freud, en un momento determinado, empleó un concepto que al perecer después nunca más volvió a aparecer: *die Nachträglichkeit*.

En el texto titulado “La sexualidad en la etiología de las neurosis” de 1898, Freud escribe que las experiencias sexuales vividas durante la infancia “sólo en mínima medida despliegan su efecto en la época en que se producen; mucho más sustantivo es su efecto retardado (*nachträglich*)”. Un poco más tarde, con toda naturalidad, Freud forma y utiliza, a partir de ese adjetivo, el sustantivo terminado en *-keit*. Resulta extraño que Freud a continuación parezca haber dejado de lado esta palabra, a pesar de que se integraba a la perfección en su camino: *nachtragen*, cargar algo detrás de alguien, lo que ese alguien, por descuido o por desidia, dejó atrás: *Der Diener trug einen Koffer nach*. Antes, en efecto, era el sirviente el que cargaba las maletas, siguiendo a su amo: *er trug es ihm nach*. Pero, sea como sea, ellos siempre terminaban por alcanzar a su amo. Empero, *nachtragen* también posee otro sentido: *Das trage ich dir nach*: lo cargo detrás de ti, te persigo con la carga de mi rencor y lo arrojo a tus pies justamente en el momento en que menos te lo esperabas. Pero uno también puede *nachholen*, alcanzar, ponerse al día, satisfacer mis ansias, un deseo, que en otro momento se tuvo que suprimir, recuperar algo. *Das holt man sich dann alleine nach*. *Los Freie Blätter* o el *Freies Forum für Erziehung*

⁵³ Sigmund Freud, *Die Verdrängung. Gesammelte Werke*, tomo X, *op. cit.*, p. 253.

están llenos de relatos de este tipo, en los cuales, como de costumbre, lo educativo se confunde con lo perverso.

De este modo, la infancia emerge intacta en la psique del neurótico (*ein Neurotiker*), a quien el alemán, al igual que al alcohólico (*ein Alkoholiker*), convierte en alguien que actúa activamente, mientras que el francés en el *nevrosé* ve una víctima de la neurosis; las lenguas, permutando la posición activa por la pasiva, aquí han intercambiado sus posiciones en relación a lo inconsciente —un cambio de posición muy revelador.

La neurosis, dice Freud en el mismo texto, es el resultado de una acumulación (*eine Summation*). En otras palabras, la confluencia termina, por su efecto aditivo, por desbordar las orillas y el agua, al inundarlo (*überschwemmen*), lo recubre todo, anegándolo todo. Al retraerse, deja atrás todo lo que ha arrastrado consigo, para, a lo mejor, volver a conquistarlo a la primera ocasión: es, en todo caso, siempre la misma agua que retorna, *die stete Wiederkehr des Gleichen*, el permanente retorno de lo mismo, y así encontramos, una vez más, a Nietzsche, quien, también con frecuencia, se contentó con escuchar hablar la lengua.

Ich trage es dir nach, te sigo, cargando tus pertenencias: así cada uno es perseguido por ese otro, ese niño que fue, que permaneció intacto en el fondo de él y cuya rabia se manifiesta quizás en la neurosis del adulto, porque ella siempre le es *nachgetragen*, y retorna, una y otra vez, eternamente. De la misma forma, en suma, en que flotan, en el flujo de la lengua, aquellas cosas reprimidas, *das Verdrängte*, que uno intenta suprimir, impedir que advenga a la memoria: en esto consiste la neurosis.

No por casualidad, en un pasaje esencial de *Más allá del principio de placer* (1920), Freud, a propósito de estas cosas, reprimidas por debajo del nivel de la conciencia, habla del recuerdo: *die Erinnerung*, en cierto sentido evidentemente siempre habla de ello, un poco, porque también el recuerdo es una de esas palabras simples que se imponen, constantemente, en la vida más cotidiana, sin que uno pueda dejar de emplearlas. Y, de nuevo, se ve hasta qué punto la lengua invariablemente valida a Freud⁵⁴: sin ella, él no habría sido capaz de nada; él la escuchó hablar: lo que ya es mucho.

Es sobre el recuerdo, también sobre la negativa de recordar, que descansa todo el descubrimiento de lo que Freud llama el sistema

⁵⁴ [N. del T.]. Mientras que el original francés dice “la langue ne cesse de venir conforter Freud”, la traducción al alemán opta por “wie weit die Sprache stets aufs Neue Freud den Weg geebnet hat”, es decir, hasta qué punto la lengua le ha allanado el camino a Freud, siempre de nuevo.

inconsciente, cada uno lleva consigo *unbewußte Erinnerungen*, recuerdos inconscientes. Sin embargo, si uno observa la lengua más de cerca, con más precisión, uno se da cuenta, una vez más, que la lengua “trabajó”, al menos con tanta coherencia como el mismo Freud, y que él sólo tomó de ella lo que encontró, lo que le correspondía (*entsprechen*) a él, lo que le correspondía a ella; el pensamiento de Freud se despliega “*au fil*”, al hilo, de la lengua, es una corriente en la mar.

Sich erinnern, acordarse, interiorizar, colocar al interior de uno, verbo construido a partir de la preposición *in-*, de la cual también provienen *die Innerlichkeit*, la interioridad, y *die Innigkeit*, la intimidad, la intensidad (de los sentimientos o del pensamiento). Puedo tener un *Innenleben* (una vida interior), puedo también *verinnern* (interiorizar) cierto número de cosas, etc. Basta consultar el *Wahrig*, el *Brockhaus*, o su imaginación para encontrar aún muchas otras, *sich erinnern* en un comienzo significó meterle algo a alguien en la cabeza, recordárselas (*le lui rappeler*), llamarlas, así como las cosas mismas nos llaman (se *rappellent à nous*): ellas se traen al recuerdo. El *Kluge* dice que *die Erinnerung*, a partir de Lutero, tiene que ver con el latín *monere*, exhortar, pensar en algo, hacer pensar en algo: *darán möchte ich dich erinnern*. Quiero recordarte esto, ante lo cual el otro responde: *das ist gar nicht nötig, ich erinnere mich daran*, no hace falta, yo me acuerdo. El alemán, en este lugar, no puede utilizar el complemento directo, a lo más, a lo mejor, puede utilizar el genitivo. El objeto del *Erinnerung*, en alemán, aparece a través de una mediación: *Ich entsinne mich dessen*, yo me recuerdo de aquello. “*Je me le rappelle*”, dice el francés, dirigiéndole la palabra de modo más directo. En alemán se necesita un mediador, un intermediario, ya que sólo el otro puede hacer que algo retorne a mi memoria que no puede completar la frase ella misma: *Er erinnertm ich daran*. En este lugar domina una extraña carencia, tal como si la lengua hubiera preparado *a priori* el suelo para el analista: en alemán se necesita recurrir al “tú” para algo que, en francés, el “yo” realiza él solo.

Hemos ahí un nuevo desvío del inconsciente de la lengua, como si, decididamente, una lengua supliera la otra: como si el francés dijera lo que el alemán no dice, y viceversa, porque lo que el alemán mete al interior de sí (*erinnert*), el francés lo llama (*rappelle*) a la superficie, tal como si una lengua comenzara ahí donde termina la otra; uno se acuerda de aquello que ha internalizado y, en efecto, lo que llama (*se rappelle*) a los recuerdos a que advengan (*sous-venir*) desde las profundidades hacia la superficie de nuestra buena memoria.

En suma, una lengua —el francés—, jala ahí donde otra —el alemán— empuja. Eso que el alemán ha metido al interior de sí (*erinnern*), es lo que el francés extrae de sí. Este movimiento en sentido contrario ha de orientar la mirada, la amplitud del espacio de la lengua; ellas no miran con los mismos ojos. Lo anterior se manifiesta hasta en las cosas más simples: incluso en los muebles se encuentra ese sentido inverso en cuanto a la direccionalidad de la mirada. Un cajón en alemán es cerrado empujándolo (*eine Schublade*). *Erinnern* mete en aquel cajón lo que el francés extrae de él, tirándolo para abrirlo (*un tiroir*). Todo el problema de “*l’insu*”, cogido “*en tenaille*”, con tenazas entre *erinnern* y *se rappeler*, corre peligro de ser arrastrado a la luz del día, esclarecido.

Así, quizá lo analítico sea lo que habla mediante el lenguaje, como dice Lacan: “El lenguaje del hombre, ese instrumento de su mentira, está atravesado de parte a parte por el problema de su verdad”.⁵⁵ Quizás esa verdad sea la que debe devenir el “yo”⁵⁶ —pero esa es otra historia”.

⁵⁵ Jacques Lacan, *Acerca de la causalidad psíquica. Escritos 1*, Siglo XXI Editores, México, 1966 (1946), p. 156.

⁵⁶ [N. del T.]. Recuérdese, a propósito de este giro del lenguaje, el célebre “*Wo es war, soll ich werden*”, enunciado en la 31ª de sus *Nuevas Conferencias de Introducción al Psicoanálisis* (1933 [1932]). En general, llama la atención el gran número de ejemplos geográficos, empleados por Freud en la conferencia dedicada a la discusión de la descomposición del psiquismo. Incluso, al final de la exposición, tras enunciar el célebre “*Wo Es war, soll ich werden*” (p. 99), advierte que el advenimiento del sujeto, lejos de constituir un proceso natural y espontáneo, “es un trabajo de cultura como el desecamiento del *Zuiderzee*”, véase 31ª Conferencia, en *Nuevas Conferencias de Introducción al psicoanálisis*, 1933 [1932], p. 74. La sentencia freudiana anteriormente aludida, a saber, el enunciado que relaciona entre sí el Ello y el Yo, ha sido traducida por Luis López Ballesteros como “Donde era el ello, ha de ser yo” (*Idem*; Ballesteros, Nueva Visión, tomo III, Madrid, p. 3146); mientras que Jorge Etcheverry ha optado por decir “Donde Ello era, Yo debo devenir” (*Idem*, traducción de Jorge Etcheverry, tomo XXII, Amorrortu, Buenos Aires, p. 74). Es, en todo caso, Lacan quien traduce la expresión freudiana de manera tan original como fiel al original, proponiendo “*là où c’était, là comme sujet dois-je advenir*” (Jacques Lacan, *ibid.*, p. 864), o sea, “allí donde ello era, allí como sujeto debo advenir yo” (Jacques Lacan, *Escritos*, Siglo XXI Editores, México. De seguir al pie de la letra a Lacan habría que traducir esta frase del siguiente modo: “allí donde ello era, allí como sujeto debo-yo advenir”. Me parece que el debo-yo (*dois-je*) está escrito con el guion con el objeto de marcar un imperativo que insta al sujeto a asumir su propia causalidad. Esto en parte tendría que ver con que para Lacan el sujeto del psicoanálisis no es otro sino el sujeto de la ciencia que es supuesto saber por el que hay que pasar para luego abandonarlo.